EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

REALISTAS
Y
PURITANOS.

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. JOSÉ LUIS CLOT.

8 reales.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
Calle del Pez, número 40.
1878.



REALISTAS

Y

PURITANOS.

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. JOSÉ LUIS CLOT.

MAHON.

Imp. de Delgado y Comp.ª

Calle de Adnóver, 10.

PERSONAGES.

ELENA, *esposa de Sir Jorge.*
FANNY, *hija de*
OLIVERIO CROMWELL.
EL REY CARLOS II.
ARTURO ELLESWOOD.
JORGE CHELBURNE.
GUILLERMO PENDRILL.
LORD DOUGLAS.
LORD EFFINGHAM.
THOMPSON, *coronel.*
MORRIS, *capitan.*
DAVID, *criado.*
Caballeros realistas, soldados puritanos, aldeanos.

La accion de este drama tiene lugar en Inglaterra, durante el año 1650, y en las inmediaciones de la ciudad de Worcester.

ACTO PRIMERO.

Gran salon en el castillo de lord Chelburne.--Puertas laterales y al foro. La de la izquierda comunica con el gabinete de sir Jorge. A la derecha, y en segundo término, una ventana. Al foro, un gran cuadro que oculta una puerta secreta. En primer término, una mesa con papeles y recado de escribir y algunos sillones dispuestos á su alrededor. Mueblaje suntuoso y de la época.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, ARTURO.

ART. Me habeis llamado, Elena, y ya veis cuan solícito obedezco vuestras órdenes.

ELEN. Sois el mas galante de los primos. ¿Qué noticias me traeis de vuestro viage? El rey...

ART. Inútiles han sido mis pesquisas. Todo el mundo ignora el paradero de Carlos Estuardo y la situacion de su ejército.

ELEN. ¡Pobre príncipe!... Desde la infausta jornada de Dumbar, los partidarios de la causa real andan desalentados y dispersos; pero este abatimiento es solo pasagero. Á una señal convenida, brotarán por do quiera centenares de combatientes. El pueblo se apresta silenciosamente á la lucha; los nobles se reunen y eligen los gefes que deben colocarse al frente

del ansiado levantamiento. Como sabeis, hoy están convocados en mi casa los hidalgos de este condado mas conocidos por sus ideas realistas. Una ligera indisposicion impide á lord Chelburne presidir la asamblea, y os ha designado á vos para sustituirle.

ART. Agradezco en el alma el alto honor que me dispensais; pero permitid que os advierta que ni mi edad, ni mis méritos personales, me hacen acreedor á una distincion tan importante.

ELEN. Esta modestia os enaltece, Arturo. Sois jóven, es cierto; pero, ¿quién como vos ha espuesto heróicamente sus dias en pró de su soberano? ¿Quién como vos reune á un valor indomable, la mas privilegiada inteligencia? Estais en los albores de la vida, y si el cielo se muestra propicio á nuestra causa, algun dia sereis rico y poderoso, ocupareis los mas brillantes cargos de la Córte. Entonces, cansado de lidiar y de arrostrar mil veces la muerte, buscareis en los goces de la familia la calma y el bienestar. Tomareis estado... y por cierto que no han de faltar damas que soliciten la alianza de tan bizarro y gallardo doncel.

ART. Mil gracias por la lisonja; pero no creo llegado el caso de.....

ELEN. ¿Porqué no?... ¿Pensais manteneros célibe toda la vida? Si tal es vuestro propósito, apuesto que los ojos de alguna bella os harán, á pesar vuestro, mudar de resolucion.

ART. ¡Oh!... jamás.

ELEN. Hablais con un tono que me inspira la mas vehemente curiosidad. Diríase que habeis sufrido un grave desengaño. Contadme, Arturo, contadme... soy vuestra prima, y si necesitais un consejo.....

ART. Escuchad: voy á referiros un secreto que ha largo tiempo me tortura el alma. Han transcurrido dos años. En aquella época me encontraba en Lóndres trabajando como siem-

pre para organizar y levantar nuestro partido. Un dia, al volver de mi habitual paseo, la casualidad me indujo á pasar por una triste y solitaria calle; abismado en sérias reflexiones habia abandonado, sin advertirlo, las riendas á mi caballo. De repente, y á la mitad de la calle, cae á sus piés un objeto; se encabrita receloso, y un grito de espanto que resuena en mis oidos, me obliga á levantar involuntariamente la cabeza. En el balcon de una casa contigua ví á una jóven que, con mirada inquieta, parecia indicarme un ramo de violetas que se habia desprendido de sus manos. Apeéme con presteza, y despues de llevar á mis lábios aquellas hermosas flores, las entregué á una sirvienta que habia bajado en su busca. Antes de separarme, dirigí de nuevo mis ojos al balcon, y á mi vez no pude contener una exclamacion de asombro: aquella jóven era un ángel, una deidad. Quedéme absorto contemplando su sin igual belleza. Escuso pintaros la ansiedad con que todos los dias esperaba el feliz momento de pasar por aquellos lugares... Mas un dia ¡mis esperanzas quedaron fallidas!... ¡Los balcones estaban cerrados!... ¡la casa enteramente desierta!... ¡Habia desaparecido el objeto de mis afanes y desvelos, dejando abierto en mi corazon el cráter de un volcan!

ELEN. ¿Y no pudisteis averiguar?...

ART. Nada absolutamente. Ignoro su nombre y dónde se encuentra... Procuré olvidar; pero, á pesar de mis esfuerzos, su bella imágen no se aparta un solo instante de mi mente... ¡Mi amor se extinguirá en mi pecho con mi vida!

DAV. (Entrando por el foro.) Señora, los nobles del condado, aguardan en la antesala.

ELEN. Introducidles al instante.

ESCENA II.

ELENA, ARTURO, LORD DOUGLAS, LORD EFFINGHAM, *varios* NOBLES.

(Elena y Arturo se sentarán junto á la mesa, y los nobles, á medida que irán entrando por el foro, se irán colocando en los sillones. Todos permanecerán en pié, hasta que lady Elena les indicará con un signo que pueden sentarse.)

ELEN. Aguardaba, señores, vuestra venida con la mas viva impaciencia. Mi esposo, indispuesto en este momento, ha encargado á sir Arturo Elleswood que le representase cerca de vosotros.

DOUG. (Levantándose muy inquieto.) Perdonad si os interrumpo, para esponer algunas observaciones que considero de gran oportunidad é importancia. Soy el primero en reconocer la bondad, la justicia de nuestros proyectos; pero debemos tener en cuenta que, al conspirar contra el gobierno usurpador que hoy rige los destinos de Inglaterra, nos esponemos á graves riesgos y compromisos. La historia nos demuestra que raras veces obtienen buen éxito las conjuraciones.

ART. Sois muy pusilánime, milord. Cuando se abrigan tales aprensiones, no se abandona el hogar doméstico. ¿Acaso no hicisteis, como todos los presentes, formal promesa de sacrificar la vida y la hacienda en servicio del rey?

DOUG. Recuerdo perfectamente haber ofrecido mi hacienda; pero, en cuanto á mi vida... permitid que lo ponga en duda. Daria por el triunfo de sus armas todo el oro que encierran mis arcas; pero... ¡qué diantre! tengo apego á mi cabeza... no quiero ocultaros esta debilidad.

ART. Tranquilizaos; por fortuna Cromwell está muy distante de nosotros.

ELEN. (Levantándose, y con acento magestuoso y conmovido.) Milores: hoy cumple un año que Cárlos I subió á un

ignominioso cadalso purificándolo con su sangre. Numerosa y apiñada multitud rodeaba White-Hall; pero si la curiosidad la habia impulsado á presenciar aquella ejecucion como el mas indiferente de los espectáculos, su sombrío silencio atestiguaba la indignacion y el espanto de que se hallaba poseida. En aquel funesto dia, los anales del pueblo inglés se cubrieron de una mancha indeleble. El mundo entero se estremeció de horror, y la Inglaterra quedó mas separada de Europa por su crímen que por las aguas del Océano. (Pausa momentánea.) Pues bien, ya habeis admirado el valor con que Carlos II, desafiando la suerte de su padre y la del infortunado marqués de Montrose, ha desembarcado en las costas de Escocia. Fundados motivos nos inducen á creer que despues de la derrota de Dumbar, ha penetrado resueltamente en Inglaterra, deseoso de alzar entre sus parciales el glorioso estandarte de sus antepasados. Unid vuestros esfuerzos; armad á vuestros deudos, vasallos y criados, y volad presurosos al encuentro del rey. Inútiles serian socorros tardíos...

ALGUNOS NOBLES. Si... si...

DOUG. (Con agitacion.) Nos proponeis un partido demasiado temerario.

ELEN. (Indignada.) ¿Aun vacilais, milord?

DOUG. No tal... pero son muchas las personas que quizás no participan de vuestras ideas, sobre la oportunidad de una imprudente demostracion.

ART. (Impetuosamente.) Esta irresolucion, señores, ha perdido siempre á la causa real. Vanas promesas, inútiles palabras, han respondido tan solo á nuestros esfuerzos, cuando ha llegado el momento de obrar con energía.

E FFIN. Os ruego, Arturo, que sepais distinguir mejor á vuestros amigos. No penseis que todos tengamos la prudencia de lord Douglas; vuestro

noble ardimiento, será el fuego mágico que nos guiará á la pelea.

ELEN. Yo no soy mas que una débil muger, y solo me resta suplicar al cielo que proteja á Carlos II.

ART. Triunfará su santa causa. ¿No es verdad, caballeros, que esperais impacientes la hora del combate? ¿Qué jurais sobre la cruz de esta espada vencer ó morir en defensa de vuestro legítimo soberano? (Presentando su espada á los nobles.)

TODOS. (Estendiendo los brazos.) ¡Lo juramos!

ART. En nombre del rey agradezco y acepto vuestros servicios. ¡Qué Dios recompense vuestro generoso proceder!.. He pasado tres dias y tres noches buscando inutilmente el ejército real... Unos pretenden que se encamina hácia Londres; otros que se dirige al país de Gales con objeto de recibir ausilios de Francia... Tal vez se empeñará una batalla sin que nosotros contribuyamos á ella con nuestros débiles esfuerzos.. (Óyese un cañonazo.)

ELEN. (Levantándose.) No temais... vuestras esperanzas no quedarán defraudadas.

TODOS. (Con gran asombro.) ¡Un cañonazo! (Rumores y repetidos disparos.)

ELEN. (Asomándose á la ventana.) No me engañaba; se ha trabado un combate en estos alrededores.

VOCES. (Dentro.) ¡Mueran los puritanos!.. ¡Muera Cromwell!..

ART. (Con entusiasmo.) ¿Ois esos bélicos acentos?.. Son los precursores del triunfo ó de la muerte. Señores: la bronca voz del cañon nos llama á la pelea; el honor nos manda combatir. ¿Quién no desnudará el acero para vindicar la pátria y la religion amenazadas?.. Los que amen al rey, los que permanezcan leales á las tradiciones del país, que sigan mis pasos. (En este momento se abrirán de par en par las puertas de la sala, y entrarán en tropel Guillermo Pendrill y una multitud de aldeanos con arcabuces, picas, azadones y otras herramientas de labranza.)

GUILL. (Blandiendo una enorme hacha.) ¡Á los campos de Wor-

cester, caballeros!...

ART. (Estrechándole la mano.) Bien venido seas, bravo Pendrill.

GUILL. Ha sonado la hora del esterminio, y buscamos gefes. (Á Arturo.) Colocáos á nuestra cabeza, milord. Os juro por el alma de mi madre, en nombre de los aldeanos y leñadores de este condado, que sabremos servirnos de nuestras hachas y utensilios de labranza, como de las mejores espadas y mosquetes; que abandonaremos nuestra familia y nuestro hogar, hasta que hayamos repuesto en el trono de sus abuelos á nuestro legítimo monarca. Ea!.. corramos á aniquilar al condenado Cromwell y á sus indignos secuaces, gritando como nuestros padres: «¡Dios salve al rey!»

TODOS. (Desenvainando las espadas.) ¡Dios salve al rey!.. (Vánse apresuradamente por el foro.)

ESCENA III.

ELENA, *luego* JORGE.

ELEN. ¡Virgen santa! infundidles fuerza y valor, y protegéd la vida de Arturo.

JORGE. (Saliendo de su aposento y dirigiéndose al foro sin ver á Elena.) ¡Hola! escudero... mi caballo, mis armas. (Volviéndose, y reparando en ella.) ¡Elena!

ELEN. Por fin me es dado el gusto de veros.

JORGE. Estaba ocupado en levantar algunos planes, que en su dia harán servicio al rey, nuestro señor... Me han asegurado que habeis celebrado en este aposento una especie de conciliábulo...

ELEN. En el cual vuestra falta de asistencia ha sido muy notada.

JORGE. La tarea que me habia impuesto reclamaba todos mis cuidados, y no me era dable interrumpirla; pero, á pesar de mi ausencia, puedo daros cuenta de cuanto se ha dicho en este lugar. (Irónicamente.) Habeis estado muy elocuente,

Elena; os convertís poco á poco en una heroína de novela.

ELEN. ¿Porqué censurais mi conducta, Jorge?.. ¿Porqué no me permitís asociarme á vuestros trabajos, ayudaros en vuestra obra? Habeis sido uno de los primeros en llamar del destierro al hijo de Carlos Estuardo; el príncipe, para mostraros su agradecimiento, os ha hecho depositario de toda su confianza, os comunica sus mas secretos proyectos. ¿Qué mal hago pues, en reclutarle partidarios?

JORGE. Al contrario, esposa mia, os felicito por ello; vuestro proceder es generoso, digno del mayor encomio, y hasta el presente lo habeis llenado á medida de mis deseos. Pero no trataré de ocultaros por mas tiempo, el fatal estado de nuestra fortuna; trás de esa guerra desastrosa, nuestros intereses han sufrido cruelmente. Las tierras están asoladas, son nulas las rentas que producen, y nuestra ruina es casi inevitable.

ELEN. ¿Qué importa? ¿Necesitais por ventura hacer alarde de un lujo desmesurado, cuando todos se encierran en sus viviendas para llorar, ó se cubren de hierro para ir á combatir? Os hablaré sin rodeos: los visos de opulencia que afectais, no están de acuerdo con los tiempos de miseria que atravesamos. Hace algunos dias os visitaron dos ricos nobles de este condado; pasasteis la noche jugando con ellos enormes cantidades...

JORGE. Vamos, señora, moralizadme cuanto querais, ya sabeis que soy paciente... ¿Pensais tal vez que las desgracias públicas deban hacerme indiferente á todas las distracciones? Yo no sé llevar el patriotismo á tan alto grado de abnegacion.

ELEN. (Tristemente.) ¿Y es Jorge Chelburne, aquel activo y entusiasta jóven de otros tiempos, quién me habla en tales términos?

JORGE. Escuchadme, Elena. Yo nací con pasiones ardientes, dado á una vida sensual y bulliciosa; anhelo placeres fáciles y variados; voy á donde me arroja el capricho, y soy, á la vez que hombre de placer, un extremado ambicioso. El juego particularmente, tiene para mí un encanto irresistible; me arrastra, me subyuga... el tapete verde y los naipes me hacen perder los estribos. Es una fatalidad; pero ¿qué diablo quereis que haga sino seguir los impulsos de mi vocacion, aun que soy el primero en reconocer que son perjudiciales para mí? Ahí teneis mi verdadero carácter, pintado con los colores mas exactos. ¿Estais satisfecha de mi franqueza?

ELEN. (Con profundo pesar.) ¡Oh! si, si... me dejais enteramente satisfecha. (Despúes de una ligera pausa) Pero, espero que os habreis calumniado.

JORGE. Dispensadme, Elena; me es forzoso dejaros al momento.

ELEN. (Con solicitud.) ¡Cielos!.. ¿vais á esponer vuestros dias?

JORGE. (Sonriendo.) Es preciso que me vean un poco los amigos... pero, desechad ese temor, no correrá ningun riesgo mi cabeza. (Váse despues de haber besado respetuosamente la mano de su esposa. Vuelven á sonar mas frecuentes y cercanos los disparos de cañon, y óyense de vez en cuando prolongados rumores.)

ESCENA IV.

ELENA, *luego* DAVID.

ELEN. Se aproxima el estruendo del combate, cada vez se hacen mas perceptibles los disparos de cañon. ¡Dios mio! amparad á mi esposo, al padre de mi querido hijo. (Llamando.) David, David.

DAV. (Entrando.) ¿Me llamais, señora?...

ELEN. Estoy muy inquieta, mi buen David. Acaba de salir vuestro amo, y tiemblo por su vida...

DAV. Tranquilizáos, señora. Lord Chelburne no se ha dirigido al campo de batalla. Hace algun tiempo que visita todas las noches la granja de Granville; hácia aquella parte ha guiado los pasos de su alazan.

ELEN. ¡Ah! si... ya estoy enterada... ¿Le habeis acompañado alguna vez?

DAV. Nunca. En vano le he pintado los riesgos á que se espone el que viaja solo en los tiempos que atravesamos; siempre ha rehusado obstinadamente mis servicios.

ELEN. Tiene razon.... como la granja está tan próxima... Podeis retiraros.

ESCENA V.

ELENA, *luego* FANNY Y ARTURO.

ELEN. ¡Extraña coincidencia!... No sé que pensar de la incalificable conducta de mi esposo, de ese misterio que envuelve todas sus acciones... ¡Horribles sospechas destrozan mi alma! Pero, no; Jorge no puede cometer una traicion; le considero incapaz hasta de pensarlo. ¡La casualidad produce á veces combinaciones tan raras é incomprensibles!... (Oyese ruido.) Pero ¿qué significa este rumor?

ART. (Dentro.) ¡Elena! ¡Elena!

ELEN. ¡La voz de Arturo!

ART. (Con los vestidos manchados y en desórden, trayendo en brazos á Fanny desmayada.) Pronto, Elena, dáos prisa... Socorred á esta jóven. (Colocándola en una silla.)

ELEN. (Haciéndola respirar el contenido de un frasco.) Desechad vuestro temor; solo está desmayada y recobrará al momento los sentidos. (Examinando su traje.) ¡Gran Dios! vuestros vestidos están cubiertos de sangre; ¿os han herido?

ART. Un ligero rasguño en la mano. Pero, callad, ya vuelve en sí... sus ojos se entreabren....

FAN. (Con débil acento y mirando á su alrededor.) ¡Dios mio!.. ¿dónde estoy?

ELEN. ¿Cómo os encontrais?

FAN. Mucho mejor,... gracias, señora. (Á Arturo.) Me habeis librado de la muerte, caballero.

ART. He cumplido con mi deber. Yo soy quien debe agradecer á la Providencia por haberme llevado á vuestro lado, en el preciso momento en que varios caballeros de mi partido se apoderaron de vuestra persona, despues de haber dispersado la escolta que os protegia.

ELEN. (Retrocediendo algunos pasos, y con altivez.) ¿Vuestra familia es partidaria del Parlamento?

FAN. Si, señora.

ART. Prima mia, ignoro quien es esta jóven y el bando á que pertenece; pero sus facciones llevan impresas el sello de la virtud. La he conducido aquí como á un lugar de asilo... y ya sabeis que un huésped es sagrado.

ELEN. (Á Arturo.) Lo sé... (Á Fanny, friamente.) Señora, voy á dar las órdenes oportunas para que nada os falte en mi casa. Dispensadme si os dejo; mis habituales conversaciones no serian de vuestro agrado, y menos que nunca sabria disimularlas cuando el destino de la causa real se decide en un campo de batalla. (Váse.)

ESCENA VI.

FANNY, ARTURO.

ART. Dignáos perdonar á mi prima. Lady Elena es una dama esclava de sus ideas.

FAN. (Tristemente.) ¡Ah!... Temo que mi presencia empañe la tranquilidad que reinaba en esta casa.

ART. (Con vehemencia.) ¡Vos, señorita!... ¡Vos, que os habeis presentado ante mis ojos como una vision de otros tiempos mas felices, como el iris de paz en medio de los horrores de la guerra civil!... ¡Oh! no, no... vuestra presencia es precursora de felicidad, porque la bendicion del cielo os acompaña. ¡Feliz la morada que cobi-

ja un ángel bajo su techo!

FAN. (Sonriendo.) ¿Acabais de salvarme y ya me prodigais estos elogios?

ART. Hay en vos un ascendiente que impone el respeto y esclaviza la voluntad. Vuestros ojos tienen un encanto irresistible; vuestras palabras un mágico poder que atrae y fascina. Los espíritus mas opuestos, los ódios mas rebeldes, deben unirse bajo el poderoso estímulo de vuestra influencia.

FAN. (Bajando los ojos.) ¿Porqué me hablais este lenguaje?... Vos no me conoceis...

ART. ¿Decís que no os conozco?.... ¡Estais en un error, señorita!.. el que os vé un solo dia, un solo instante, no puede olvidar jamás vuestras facciones... ¡y yo he tenido la dicha de veros tantas veces!...

FAN. (Turbada. En Lóndres... teneis razon...

ART. ¡Es posible!... ¿recordais aquellos momentos?.. ¡Oh!.. ¿porqué ruborizada bajais los ojos?.. ¿porqué vuestras sonrosadas mejillas se cubren de un tinte de carmin?... (Con entusiasmo.) ¡Dios mio! dadme fuerzas para soportar la dicha que embarga mi pecho... Un milagro os ha puesto entre mis manos, despues de una larga y cruel ausencia.... ¿cómo quereis que pueda ahogar en mi alma los impulsos del amor vehemente que me inspirais?...

FAN. (Tapándose el rostro con las manos.) ¡Caballero!..

ART. (Dolorosamente.) ¡Os he ofendido!.. Ah! perdonad la impetuosa declaracion que mis lábios no han podido acallar. Yo solicito únicamente vuestra amistad. ¿Qué títulos tengo para granjearme otro afecto?... Pensar de otra suerte, seria una temeridad, una presuncion, que sin duda pagara con vuestro desden.

FAN. ¡Oh! no, léjos de causarme agravio, vuestras palabras han infundido en mi alma un placer inefable; pero ese amor es imposible.... nos separan insuperables obstáculos...

ART. La sangre que he derramado por vos, será el vínculo de nuestra union.

FAN. (Con interés.) ¿Estais herido?

ART. Ved mi mano.

FAN. (Entregándole un pañuelo.) Restañad la sangre con este pañuelo.

ART. (Besándolo.) Oh! gracias... Guardaré toda mi vida un recuerdo tan precioso... (Postrándose á sus piés.)

ESCENA VII.

Dichos, ELENA, JORGE.

ELEN. ¿Qué haceis, Arturo?..

ART. ¿No adivinais que el cielo me ha devuelto el ángel de mis ensueños?

FAN. (Viendo á sir Jorge.) ¡Lord Chelburne!..

JORGE. ¡Miss Fanny Cromwell!..

ART. [illegible] ¡Fanny Cromwell!..

ELEN. (¡Conoce á mi marido!)

ART. ¡Cromwell!.. Oh! no, no... es imposible. ¡Hasta que ese maldito nombre salga de sus lábios, no creeré que la virtud haya brotado del infierno!.. Decidme: ¿vos sois la hija?..

FAN. Del general Cromwell.

ART. ¡La hija de un asesi..!

FAN. ¡Gran Dios!.. ¿qué vais á decir?..

ART. Disimulad mis palabras... ¡Adios, Fanny!... ¡Adios para siempre!.. (Dirigiéndose al foro.)

FAN. (Conmovida.) ¡Arturo!

ART. El honor me ordena abandonaros.

FAN. No tengo derecho para contrarrestar vuestra resolucion. Dignaos creer al menos, que jamás olvidaré la generosa ayuda que me habeis dispensado.

ART. Olvidadme, Fanny, olvidadme. Pronto una bala enemiga pondrá término al acerbo dolor que me devora.

FAN. ¡Arturo, deteneos por piedad!.. (Cayendo abatida en una silla, despues de una breve lucha con Arturo para impedirle la salida.)

ELEN. (Á su esposo.) ¿Parece que conoceis á esa jóven?

JORGE. (Turbado.) La vi... una sola vez... por casualidad... (Cambiando de tono bruscamente.) Pero... ¿con qué intencion me habeis dirigido esta pregunta? Observo con sorpresa, que me perseguís hace algun tiempo con indiscretas demandas, y debo recordaros que me sobran derechos para haceros mudar de conducta. (Váse.)

ELEN. ¿Me arrojais el guante, Jorge Chelburne?... enhorabuena, acepto el reto. Yo descifraré en breve el enigma que me preocupa. (Dirigiéndose á Fanny, que habrá permanecido indiferente al coloquio de lady Elena y lord Chelburne.) Es preciso confesar que la casualidad obra á veces portentosos milagros. Ella tan solo podia dirigir vuestros pasos, á un lugar en que el cetro y la corona son objeto de un religioso culto.

FAN. ¿Pensais hacerme comprar con amargos reproches, la corta hospitalidad que he venido á merecer en vuestra casa?

ELEN. (Benevolamente.) No tal... Dios me libre de echaros en cara la menor falta. No es culpa vuestra si sois hija de Cromwell. La sangre de Cárlos I no caerá sobre vuestra cabeza...

FAN. (Con amargura.) ¡Otro anatema contra los jueces del rey, contra un padre que el deber me manda querer y respetar!

ELEN. ¿Llorais señorita?... ¡Ah! decidme, hija mia, que reprobais sus acciones; que llevais el nombre de Cromwell sin participar de sus ideas.

FAN. ¡Ah! señora, puesto que lo exigís, escuchad la confesion de mis secretos pensamientos. Siempre he mirado con el mas profundo dolor, los rápidos progresos que hacia la fortuna de mi padre, porque cada uno de ellos se há pagado con la sangre de multitud de ingleses. Cuando sir Cromwell volvia cargado de honores, mi frente se cubria de tristeza: la alegria que él experimentaba, no era tampoco franca y jovial como la del adicto vasallo que, despues de recibir una merced de manos de su soberano,

puede exclamar con la mayor confianza: «Dios y el rey me la han concedido, los hombres no me la quitarán jamás.» Muchas veces, al relatarnos sus victorias, me dirigia severas miradas viendo la frialdad é indiferencia con que acogia sus palabras. Y no obstante, siempre ha preferido mi compañia á la de mis otras hermanas, siempre le ha parecido mi opinion la mas buena y aceptable... ¡Mi ánimo se perturbaba al desarrollar ante mis ojos sus siniestros planes! Todos herian mis simpatías.... y su ejecucion debia arrancar mas tarde amargas lágrimas al pueblo inglés. El funesto dia en que Carlos I subió al cadalso, me presenté á mi padre rigurosamente enlutada...

ELEN. (Abrazándola.) ¡Noble corazon!

FAN. ¿Aún me guardais rencor, señora?

ELEN. ¡Guardaros rencor!... ¡Oh! muy al contrario, hija mia; me considero feliz poseyendo vuestra amistad. Pero, dispensadme una pregunta: ¿desde cuándo conoceis á mi esposo?

FAN. ¿A lord Chelburne?.. Le he visto dos veces solamente en casa de mi padre.

ELEN. (¡Dios mio!.. ¿será verdad?..) No me sorprende este hecho. Probablemente iba á tratar sobre el cambio ó rescate de algunos prisioneros.

FAN. Esto me explica entonces la larga duracion de sus entrevistas,

ELEN. (Con turbacion.) Dicen que vuestro padre es tan riguroso para los realistas que caen en sus manos...

FAN. Hablaban siempre misteriosamente...

ELEN. Es natural; los amigos de mi esposo, hubiesen podido desaprobar sus espontáneas acciones, creyendo ver en ellas un objeto diferente del que las motivaba; y sin embargo, es el mas adicto y leal vasallo de Cárlos II.

FAN. Os confieso ingenuamente, que al principio concebí sobre lord Chelburne una opinion desfavorable; pero vos sois su esposa, llevais

su nombre... y debe ser digno de vos.

ELEN. Gracias, querida Fanny.

ESCENA VIII.

Dichos, DAVID, *luego* GUILLERMO, VARIOS ALDEANOS.

DAV. (Entrando precipitadamente.) Señora, señora, el pueblo se llena de caballeros y soldados que huyen en completa dispersion.

ELEN. ¡Gran Dios!... ¿nos han vencido?

DAV. Lo ignoro aun. ¿Quereis que recoja á los fugitivos que se presenten á las puertas del castillo?

ELEN. Haced mas; volad á su encuentro y conducidles á mi presencia. (En este momento se oirán grandes rumores y entrarán varios aldeanos trayendo en una camilla, improvisada con sus picas, á Guillermo Pendrill herido mortalmente.) ¡Guillermo Pendrill!... ¡Pobre amigo mio!... Pronto, David, buscad un médico.

GUILL. Gracias, milady. Inútiles son los cuidados que deseais prodigarme... ha sonado mi última hora, y bendigo al cielo que me ha permitido llegar hasta vos.

ELEN. No perdais un solo instante, David... Conservemos al rey su mas digno y leal servidor.

GUILL. No os molesteis por mi causa. Procurad salvar á algun caballero herido de menos gravedad.

DAV. ¡Escelente corazon!...

GUILL. No me compadezcais. ¿Hay nada mas bello que morir en aras de la patria?.. Pero, conozco que se acaban los instantes que me restan de vida. Por favor, milady, no podria ver por vez postrera á mi protector?

ELEN. (Á David.) Avisad á lord Chelburne. (Á Guillermo.) El rey será sabedor de vuestra noble conducta; vuestro nombre no se borrará jamás de su memoria, y al subir al trono de sus antepasados, recompensará generosamente á vuestros hijos.

ESCENA IX.

Dichos, JORGE.

GUILL. (Viendo entrar á sir Jorge.) Bendito seais vos milord, que os dignais asistir á los supremos momentos de un pobre moribundo. Deseaba veros para aconsejaros que os pongais en seguridad. Todo se ha perdido; vuestros amigos huyen en desórden....

ELEN. ¡Vencidos!...

JORGE. (Con interés.) ¿Y el rey?...

GUILL. Ha desaparecido. Nuestro ejército ha sido cercado, puesto en vergonzosa fuga... Un Judas nos ha vendido.

JORGE. (Con visible turbacion.) ¿Es posible?... pero... ¿se sabe quién?...

GUILL. (Haciendo un gran esfuerzo.) ¡Ah!... me siento morir...

JORGE. Acabad, Pendrill, ese traidor...

ELEN. (Mirando fijamente á su esposo.) (¡Ah! no hay duda... ¡Es él!... Veo el crímen pintado en su semblante.)

JORGE. ¿Su nombre?...

GUILL. (Con voz apagada.) Solo Dios conoce... al... culpable. (Muere.)

JORGE. (Respirando con desahogo.) ¡Ah!...

ELEN. (Á lord Chelburne, muy marcado.) ¡Solo Dios... y vuestra esposa!... (Los aldeanos se arrodillan. Lady Elena indicará el cadáver de Guillermo á lord Chelburne que, demudado é irresoluto, permanecerá en pié mirando á Elena.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS II, ARTURO, DAVID.

(Los tres entrarán por la puerta del foro. El rey recatándose el semblante con la capa. David con un candelabro encendido que colocará sobre la mesa.)

ART. (Al rey.) Entrad, señor, en vuestra morada.

DAV. (Á Arturo.) ¿Sois vos, milord?.. Ah! ¡bendito seais, Dios mio!.. ¡se ha salvado!

ART. Gracias, mi buen David. El cielo ha oido tus preces, y ha respetado mis dias.

DAV. (Tristemente.) Ah! señor... no las ha atendido por completo. He visto rodar por el suelo el estandarte real, arrastrando en su caida á sus mas valientes defensores.

CARL. (Con grave acento.) El estandarte del Rey se levantará muy pronto, y el aire, en que flotará glorioso, arrojará lejos de sí el polvo que empaña el oro de sus leopardos. ¿Dónde está vuestra ama?

DAV. En el parque.

CARL. Decidla que un hidalgo ansia el momento de verla.

DAV. ¿Vuestro nombre?

CARL. Entregadle este anillo: su sello será mas elocuente.

DAV. (Dirigiéndose al foro para salir.) Es inútil, mirad: milady se aproxima á este lugar. Tomad la sortija, caballero.

CARL. Guardadla, anciano, como recuerdo del rey.

DAV. (Besándola.) Oh! gracias, la conservaré toda mi vida. (Vase.)

ESCENA II.

ELENA, CARLOS II, ARTURO.

ELEN. (Con gran asombro.) ¡Carlos II!..

CARL. (Descubriéndose.) Señora, aquí teneis un pobre proscrito que viene á pediros hospitalidad.

ELEN. (Arrodillándose á sus piés.) Señor, vencedor ó fugitivo sois mi rey, así como vuestros antepasados fueron los reyes de mis padres. Dignaos poner á prueba mi adhesion.

CARL. (Levantándola y besando su mano.) Vuestra lealtad me es conocida. He venido á llamar á vuestra puerta, porque os ha juzgado capaz de defenderme.

ELEN. Vuestra alteza me honra en demasía...

CARL. No tanto como mereceis, milady; al depositar mi confianza en vuestro esposo, comprendereis cuanto aprecio los servicios de vuestra casa.

JORG. (Dentro.) ¡Hola! David.

CARL. Esa voz...

ART. Es la de sir Jorge.

ELEN. (Con espanto.) (¡Él!.. ¡inspiradme, Dios mio!) Perdonad, señor, es preciso que le prepare á la feliz noticia de vuestra llegada; al veros, podria comprometer con su alegría el incógnito que habeis adoptado. Permitid que os acompañe á otro aposento mas retirado y seguro.

CARL. Me entrego á vuestros cuidados, hermosa dama.

ELEN. (Á Arturo, con el mayor misterio.) Si quereis que os responda de la seguridad del rey, es preciso que nadie, absolutamente nadie, sospeche su presencia en esta casa. (Desaparecen Elena y el rey por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

ARTURO, *solo.*

ART. (Reflexionando.) Que nadie sepa... no acierto á comprender el sentido de esas palabras, ni la turbacion y el espanto que he visto pintados en el semblante de Elena... ¿Amenaza al rey algun peligro?... ¡Loca quimera!... ¿No es este castillo el santuario de la fidelidad y del realismo? ¡Oh! sí, sus servidores sabrian morir escudando con sus cuerpos al régio huésped que alberga, antes que entregarle á la venganza de sus contrarios. Por otra parte, Fanny está aquí; mientras permanezca en esta casa, el rey no corre ningun riesgo. ¡Pobre Fanny!... Un profundo abismo, un mundo entero nos separa... ¡El honor me ordena abandonarte, estirpar tu preciosa imágen de mi mente!.. ¡Alejarme de ella, es posible... pero llevaré á la tumba el recuerdo de su amor!

ESCENA IV.

ARTURO, JORGE, *luego* DAVID.

JORGE. (Entrando por el foro.) Pláceme encontraros, Arturo; quizás vos podreis descifrar el enigma que trato de conocer.

ART. Si está á mi alcance...

JORGE. David acába de esplicarme que un hidalgo, al parecer con el mayor recato, se ha introducido ha poco en este aposento.

ART. No sé á que hidalgo os referís...

JORGE. He pensado que vos pudierais conocerle, toda vez que habeis conversado largo rato con él.

DAV. (Entrando precipitadamenje, y con espanto.) ¡Ah! mi noble señor.

JORGE. ¿Qué sucede? Estás temblando.

DAV. Acabo de verle cara á cara.

JORGE. ¿Á quién?

DAV. ¡Al diablo en persona!.. ¡á Oliverio Cromwell!.. (Váse corriendo.)

ART. y JORG. (Con profunda sorpresa.) ¡Cromwell!..

ART. (Desesperado.) ¡El rey está perdido!

JORGE. ¡El rey!.. ¿Era él?

ART. ¡Silencio por favor!

ESCENA V.

JORGE, ARTURO, CROMWELL, MORRIS.

CROM. (En el foro, á Morris.) Retiraos, y esperadme fuera con la escolta.

MORR. (Vacilando.) General...

CROM. (Fuerte.) Retiraos. (Morris se inclina y se va.)

JORGE. ¡El Protector de Inglaterra!.. Creo adivinar, sir Cromwell, el objeto de esta visita que tanto me honra.

CROM. No es un motivo político lo que me conduce á vuestra casa; no he venido tampoco á censurar vuestra conducta, ni á pediros cuenta de la opinion que profesais; mientras no tomeis las armas contra la causa sagrada del Parlamento, nada tendreis que temer.

JORGE. Jamás he experimentado el menor recelo. Mis convicciones son las de todo noble educado en las ideas de otros tiempos: no tengo reparo en confesarlo, porque hasta ahora habeis respetado, en política y en religion, la libertad del pensamiento.

CROM. Decís bien. Las ideas deben combatirse con la persuasion, nunca con la fuerza. Inquieto por la suerte de una hija idolatrada, desaparecida ayer de mi lado en lo mas récio del combate, he sabido que ha encontrado un asilo bajo vuestro techo hospitalario. Por ella vengo; á nadie he querido encomendar el cuidado de acompañarla junto á su padre.

JORGE. Es verdad; á gran ventura hemos tenido el acogerla en nuestra casa. Comprendo vuestra

natural impaciencia por abrazarla, y voy á.. (Viendo entrar á Fanny.) Mas, vedla aquí.

ESCENA VI.

Dichos, FANNY.

FAN. (Corriendo al encuentro de Cromwell.) ¡Padre mio!

CROM. (Abrazándola.) ¡Hija querida!.. ¡Ah!.. ¡Bendita sea la Providencia que te ha salvado y devuelto á mi ternura!

FAN. Dios ha protegido mi existencia enviando en mi ayuda á un digno caballero.

CROM. (Severamente.) ¿Realista?

FAN. Si; ahí teneis mi salvador. (Indicando á Arturo.)

ART. (Inclinándose.) Cumplí con mi deber.

CROM. Aunque partidario de Carlos Estuardo, sois bravo y generoso.

ART. Solo los que reunen estas circunstancias se honran en servirle.

CROM. Pareceis temerario.

ART. Me cansa la vida.

CROM. ¿Tan jóven?

ART. Si; desde que la suerte de las armas favorece á los impíos.

CROM. (Con exaltacion.) Decid á los santos. Ayer el Cielo guió nuestros pasos. Los siervos del Señor corrieron con ánimo resuelto y sereno contra los cañones realistas. Dios infundió en sus almas la fuerza de David. ¡Gloria al Dios de Israel!.. Su tabernáculo descansará eternamente en la Sion reconquistada y libre de su tirano.

ART. (Tristemente.) ¡Inglaterra, pátria mia!.. ¡hé aquí el falso lenguaje con que logran engañarte! (Dando algunos pasos para salir.)

CROM. Un momento, caballero. Ayer estabais en Worcester; nuestros aceros se han cruzado mas de una vez en la pelea. Deberia apoderarme de vuestra persona para haceros sufrir todo el rigor de la ley: pero me habeis dispensado

un señalado servicio y quiero á mi vez ser generoso y daros un buen consejo: guardáos en lo sucesivo de arriesgar vuestra vida en favor del rebelde, del traidor que se titula Cárlos II, porque no saldriais bien librado de vuestra empresa.

ART. (Friamente.) Si algun dia os facilito la ocasion de prenderme, tened en cuenta que habré sabido de antemano los peligros á que me exponía; pero procuraré no abandonaros mi existencia, hasta que mi sangre haya corrido nuevamente por el infortunado príncipe en cuya defensa he jurado derramarla. (Váse por la puerta de la derecha.)

CROM. ¡Insolente!.. pero ¿qué me importan tus palabras?.. quizás algun dia doblarás á mis plantas esa vanidad de que haces alarde. (Á sir Jorge.) Lord Chelburne, necesito hablaros algunos instantes.

JORGE. Estoy á vuestras órdenes.

ENR. Padre mio, es probable que no vuelva á ver á lady Elena que me ha colmado de afectuosos cuidados; quisiera expresarle mi agradecimiento y abrazarla por última vez.

CROM. Apruebo tu resolucion. Lady Elena solo tiene el defecto de ser una exaltada realista; pero su corazon es noble y bondadoso. Abrázala... pero no la escuches. (Váse Fanny.)

ESCENA VII.

CROMWELL, JORGE.

CROM. Por fin estamos solos. No estoy satisfecho de vuestra conducta, lord Chelburne.

JORGE. (Mirando recelosamente á todos lados.) Por favor, no alceis tanto la voz... observad que pueden oirnos. ¿Decis qué no os satisface mi conducta?.. ¿Qué podeis echarme en cara?

CROM. El embarazo, la irresolucion que manifestais. Son ya raras nuestras conferencias, y temo que las predicaciones insensatas de las perso-

nas que os rodean, hayan influido en vuestro espíritu. Hablemos claramente: si quereis adoptar de nuevo la causa real que habeis abandonado en secreto para abrazar la del pueblo; si quereis cesar de poseer mi confianza, enhorabuena, no os detengo... (Irónicamente.) pero es probable que vuestros amigos descubran algun dia la fidelidad con que habeis guardado sus secretos y....

JORGE. ¿Me amenazais, sir Cromwell?.. ¿Qué necesidad teneis de dirigirme estas censuras?.. ¿Ignorais que los lazos que me unen á vos son indisolubles?.. ¿que os pertenezco en cuerpo y alma?..

CROM. Lo sé, y sé tambien que no teneis motivo alguno para desertar la causa del Parlamento. Cuando haya pacificado el país, cuya época no está lejana, sabré recompensar vuestros servicios.

JORGE. La única recompensa que os pido es el silencio.

CROM. (Rudamente.) Mentís. Vos ambicionais montes de oro, porque os domina un vicio insaciable, porque sois jugador. (Muy marcado.) Acordaos de nuestra primera entrevista: fué en casa de lord Fergusson. Se jugaban allí sumas considerables; vos perdisteis toda la fortuna apostando contra lord Windham... Furioso, loco de rábia esperais á este pobre lord al regresar solo y de noche á su morada... le provocais... y sin darle tiempo para desnudar el acero, cae muerto á vuestros piés... Os apoderais de vuestro oro y...

JORGE. ¡Maldicion!...

CROM. Solo un hombre presenció el crímen... aquel hombre era Oliverio Cromwell.

JORGE. (Tapándose el rostro con las manos.) ¡Oh! piedad...

CROM. ¿Acaso trato de vender vuestro secreto? ¿Teneis alguna queja contra mí?.. Necesitaba un afiliado entre los nobles realistas, y solo he utiliza-

do aquel descubrimiento para asociaros á mi partido. Ya veis, pues, que somos inseparables, á menos que aspireis á los honores del patíbulo, en cuyo caso...

JORGE. Basta, basta... Aunque conozco que mi conducta es odiosa, criminal; que vos mismo debeis considerarme como el ser mas vil y despreciable; hablad, estoy pronto á obedeceros.

CROM. Estais en un error, no he formado tan mala opinion respecto de vos. ¿Creeis por ventura que yo miro las cosas bajo el punto de vista de los demás hombres? Así como en la guerra todas las armas son útiles, en la política todos los instrumentos son aceptables. Pero, doblemos la hoja y hablemos seriamente.

JORGE. Ya os escucho.

CROM. Viendo ayer dudosa la victoria para su ejército, Carlos Estuardo abandonó cobardemente el campo de batalla refugiándose en los bosques de la comarca. Si escapa á nuestras pesquisas, habremos perdido el fruto de nuestros trabajos. Así pues, importa á mi seguridad, quiero decir á la salvacion de Inglaterra, que Estuardo desaparezca prontamente de una escena en que su sola presencia ha bastado para encender la guerra civil. Si desaparece, la causa del mal cesará; pues con la muerte arrastrará al sepulcro la última esperanza de su raza... ¿Me comprendeis?

JORGE. Sí.

CROM. He mandado visitar todas las casas de los alrededores de Worcester, registrar escrupulosamente los bosques y las montañas contiguas; pero en ninguna parte se ha encontrado el menor vestigio de sus huellas. Pues bien, es preciso que uno de sus amigos, iniciado en los secretos del partido realista, lo ponga sin dilacion en mis manos. (Muy marcado.) Si la persona á que me refiero ignora aun el refugio de Carlos Estuardo, no puede tardar en conocer-

lo. ¿Me comprendeis?

JORGE. (Indignado.) ¡Oh!.. jamás... Se dirá que he vendido los planes de mis amigos, pero nunca á un proscrito.

CROM. ¿Qué diferencia encontrais entre vender su corona ó su vida?.. Para un rey que se precia de digno y caballero, ambas cosas tienen el mismo valor.

JORGE. No; el hombre á que os referis no mancillará su honor con una accion tan infame. (Con la mayor inquietud.) Pero, silencio.... oigo pasos... (Viendo entrar á Fanny seguida de Elena.) ¡Elena!

ESCENA VIII.

Dichos, ELENA, FANNY.

FAN. (Aparte á Elena, con dolor.) ¡Ay de mi!.. No me queda ya la menor esperanza. ¡Mi nombre ha muerto su amor!... (A Cromwell.) Marchemos pronto de esta casa; conducidme al lado de mi madre y de mis hermanas.

CROM. Estás pálida, tu mano tiembla entre las mias... ¿Qué tienes, Fanny?

FAN. Siento un ligero malestar... tranquilizaos, padre mio.

CROM. (Á Elena.) Recibid, señora, todo mi agradecimiento por los cuidados que habeis prodigado á mi hija. En cuanto á vos, milord, permitid que os dé un consejo: manteneos lejos del ruido de la guerra civil, permaneced en vuestra casa y cerrad su puerta á las conspiraciones. (Vánse por el foro Cromwell y Fanny.)

ESCENA IX.

ELENA, JORGE.

JORGE. (Despues de una pausa.) ¿El rey está aquí?

ELEN. Si... ¿lo habiais adivinado?

JORG. En vuestros ojos, en los de Arturo.

ELEN. Ha buscado un apoyo entre sus mas fieles servidores, y ha recaido en vos la eleccion.

JORGE. Grande es el honor que nos dispensa.

ELEN. ¿Estais orgulloso de haberlo merecido?

JORGE. Sin duda.

ELEN. ¿Y espondreis, si es preciso, vuestra vida para defenderle?

JORGE. ¿No lo exige mi deber?

ELEN. (Con ironia.) ¡Vuestro deber!.. ¡Ah! si, teneis razon. ¡Sois tan escrupuloso en esta materia!

JORGE. ¿Qué motivo os he dado para que dudeis de mi?

ELEN. ¿Y osais dirigirme esta pregunta?

JORGE. (Severamente.) Observad que me estais ultrajando con vuestras palabras.

ELEN. Desde que guardais una conducta sospechosa.

JORGE. ¡Elena!...

ELEN. Mi presencia os causa temor... confesadlo.

JORGE. ¡Vos infundirme temor!... Estais loca, y os compadezco.

ELEN. (Con acerbo dolor.) ¡Oh! si... compadecedme, lo merezco... ¡Me haceis sufrir tan cruelmente!

JORGE. ¿Habeis jurado darme tormento con vuestras lágrimas y frases de doble sentido?

ELEN. ¿Sabeis porqué guardo con vos esta reserva? Porque si expresase claramente mis ideas, me espantára el eco de mi propia voz. (Mirando recelosamente á todos lados.) Vos y yo, Jorge, sostenemos una lucha encarnizada y sin tregua: la de la lealtad contra la traicion.

JORGE. ¡Oh! basta.

ELEN. (Con calma.) Hace un momento me censurábais porque disfrazába el sentido de mis palabras... lo habeis querido, y os hablaré sin rodeos. En adelante, marcharemos por sendas opuestas, combatiremos bajo una diferente bandera: yo en pleno sol, vos en la sombra. Pero, por oscura que sea la noche en que os oculteis, tened la conviccion de que mi vista podrá descubriros; trás de vos, como un fantasma, sabré es-

piar vuestros pasos, escudriñar vuestros mas secretos pensamientos. (Con resolucion.) ¿Por ventura habeis creido que cual vos estaba dispuesta á sacrificar la corona de mi soberano y el honor de nuestro nombre? Os engañais... Este nombre sabré defenderlo á pesar vuestro; impediré que pase á la posteridad lleno de oprobio y cargado de maldiciones.

JORGE. Repito que sois una insensata...

ELEN. En vuestra mano teneis aun el medio de rehabilitaros á mis ojos. Venid conmigo á ofrecer vuestros respetos al soberano; probablemente se admira ya de vuestra demora en presentaros. ¿Qué?... ¿vacilais?... ¿Temeis comparecer á su presencia?

JORGE. (Visiblemente turbado.) ¿Yo?...

(Oyese un redoble de tambor. Durante la lectura del pregon el semblante de Elena deberá espresar la lucha interior que despedaza su corazon; en el de Jorge se pintará la mas infernal alegria.)

VOZ. (Dentro.) «Nos, Oliverio Cromwell, general de los «ejércitos del Parlamento. Hago saber á los «habitantes de este condado que, no habiendo «dado resultado las pesquisas practicadas pa- «ra prender al rebelde Carlos Estuardo, titula- «do Príncipe de Gales, é importando á la sal- «vacion y reposo del Estado su captura; ofre- «cemos una recompensa de tres mil libras á «quien lo ponga vivo ó muerto en nuestras ma- «nos.»

ELEN. (Corriendo desatinada hácia el aposento del rey.) ¡Gran Dios!..

(Durante la escena siguiente, continuarán oyéndose en lontananza el redoble de tambor y la voz del pregonero.)

ESCENA X.

JORGE, *solo*.

JORGE. (Con estremada satisfaccion.) ¡Ah!... por fin le tengo en mi poder. En un instante, y sin que nadie pueda sospecharlo, la recompensa ofrecida al delator puede pasar á mis manos... Obrando de esta suerte me grangeo la amistad de Crom-

well, y pongo un velo sobre el asesinato de Windham. (Reflexionando.) Meditemos con calma. Estoy arruinado, á merced de un hombre implacable que sin piedad descubrirá mis vergonzosas acciones en caso de faltarle. ¡Oh!.. ¡mi situacion es terrible!.. Por una parte, la ruina, la miseria; por otra, el oprobio, la infamia. Si me inclino á la balanza del mal, Cromwell guardará el secreto de mi crimen, pondrá á mi disposicion riquezas que saciarán mi sed de oro, que permitirán entregarme á mis pasiones favoritas... ¿Porqué he de vacilar por mas tiempo?... La pendiente es resbaladiza, un paso mas y... rehabilito mi nombre y mi fortuna. (Con espanto.) Pero, ¿quién acallará el grito de mi conciencia?.. El mundo, mostrándome con el dedo, dirá quizás: «Ved ahí el delator... el espía.» (Recobrando el ánimo.) Pero no ¡vana ilusion!.. El mundo no sospechará mi infame espionage. ¿Quién ha de poner en duda el acrisolado patriotismo de lord Chelburne que tantas pruebas ha dado de amor á la causa real?... Acabemos de una vez... Un espíritu infernal guia mis pasos.... ¡Valor! (Sale precipitadamente por el foro.)

ESCENA XI.

ELENA, CARLOS II, ARTURO.

CARL. (Entrando por la puerta de la derecha acompañado de Elena y Arturo.) ¿Temblais todavia, milady?

ELEN. Ah! señor; aun resuenan en mis oidos las palabras de aquel funesto pregon.

CARL. ¡Exigua talla han puesto á mi cabeza!.. ¡No se ofrece menos por la de un bandido!...

ART. ¡Qué infamia!

ELEN. (Despues de haber cerrado todas las puertas.) Descansad un momento, debeis encontraros fatigado.

CARL. (Sentándose junto á la mesa.) Gracias. Sois la dama mas galante de mis estados.

ELEN. Mi vida y mi hacienda pertenecen al rey.

CARL. Sentaos, Arturo. ¡Ea!... ¿porqué vacilais?... (Arturo obedece.) Hacednos probar ese famoso vino de España, lady Chelburne. (Elena escanciará vino en dos copas. Bebiendo.) Á la salud de vuestra encantadora prima.

ART. (Despues de haber llevado la copa á sus labios.) Á la vuestra, señor. (Apurándola completamente.)

CARL. Gracias, mi valiente Arturo. ¿Cómo podré recompensaros los favores que me otorgais?... (Conmovido.) ¡Ay de mí!.. ¡Soy un monarca tan pobre!.. ¡El rey, mi padre, solo me ha legado una herencia de lágrimas y de proscricion!...

ART. Ah! no digais tal, señor. Pronto la Inglaterra, cansada del yugo que la oprime, volverá la vista á su antiguo y legítimo soberano. Millares de combatientes abrazarán vuestra causa, y el estandarte real ondeará en la Torre de Lóndres.

CARL. Agradezco tan lisonjeras predicciones; pero dispensadme si no participo de vuestras esperanzas. ¡Está escrito que pasaré mi reinado en el destierro!..

ELEN. Tened confianza, señor. Dios proteje vuestra causa.

CARL. Si triunfo algun dia, la recompensa de los señalados servicios que me habeis dispensado, será igual á la profunda gratitud que abriga mi pecho por ellos. Vos, Arturo, me acompañareis á la Corte; no quiero os separeis de mi lado. Allí trataré de enlazaros con una dama digna de vos...

ART. ¡Tanta bondad!

CARL. Pienso casaros con la preciosa jóven que he visto en esta casa. Creo que la amais, y si su rango es inferior al vuestro, la daré un título que lo iguale.

ART. (Con tristeza.) ¡Ah! señor... un profundo abismo me separa de ella. Este ángel, ¡oh! permitid que la nombre cual merece, es la hija del mas in-

digno y rebelde de vuestros vasallos.

CARL. ¿Decís del mas rebelde?... no acierto á comprender...

ART. Fanny es la hija de vuestro mas implacable enemigo, de Oliverio Cromwell.

CARL. ¡Extraña revelacion!.. Pero, no importa; los hijos no son responsables de los delitos cometidos por sus padres. El candor y la modestia de aquella jóven me placen en sumo grado, y si vos no tratais de oponeros, no retiro mi palabra. (Á Elena.) En cuanto á vos...

ELEN. Ah! callad, señor. ¿No poseemos vuestra amistad? ¿Qué mejor recompensa podeis darnos?

CARL. (Levantándose, conmovido.) ¡Si la amistad de un pobre desterrado puede complaceros... yo os la doy franca y leal! Vuestro esposo, á quien estimo como merecen sus relevantes cualidades, posee ya toda mi confianza... y, apropósito, me sorprende no verle en este lugar...

ELEN. Os pido perdon por su involuntaria ausencia. Un negocio importante le ha alejado hace un momento del castillo... (Suena una campana.) ¡Una visita á estas horas!.. ¿Quién será?..

ART. (Al rey.) La prudencia exige que os oculteis algunos instantes.

ELEN. Venid, señor, venid. Entrad por esa puerta secreta. (Abre la puerta que se oculta detrás del cuadro, y desaparece por ella el rey.)

ESCENA XII.

ELENA, ARTURO, DAVID.

DAV. (Entrando con ademan inquieto.) Señora, estamos perdidos. Un escuadron de caballeria guarda la puerta del castillo; su gefe, el coronel Thompson, solicita hablaros con la mayor urgencia. ¿Qué debo hacer?

ELEN. La resistencia es imposible; solo conseguiriamos con ella acrecentar el encono de esta gente.

ART. (Bajo, á Elena.) Observad que la vida del rey está en peligro. Vuestros vasallos están armados y se harán acuchillar antes que entregar el castillo.

ELEN. (Asomándose á la ventana.) No hay remedio, es preciso abrirles la puerta; estamos cercados por todas partes. ¡Qué Dios maldiga al infame que nos ha vendido!.. (Á David.) Introducid al coronel Thompson. (Váse David. Momento de silencio.)

ESCENA XIII.

ELENA, ARTURO, EL CORONEL THOMPSON, *luego* CARLOS II.

THOM. (Entrando por el foro.) Perdonad si en altas horas de la noche vengo á turbar vuestro reposo; pero la grave é importante mision que se me ha encomendado no admite demora alguna.

ELEN. Explicaos.

THOM. Vengo á prender á Cárlos Estuardo.

ELEN. ¿Y pensais hallarle en mi casa?

THOM. Ciertamente, señora, y espero que no mancharéis vuestros lábios con inútiles excusas.

ELEN. No me cabe el honor de albergar al rey.

THOM. La turbacion que noto en vuestro semblante me prueba lo contrario. Ea!.. abreviad las dificultades, pues de grado ó por fuerza he de llevarme al prisionero.

ELEN. (Con sarcasmo.) Ah! si... deseais recibir el premio del espionage, esas tres mil libras ofrecidas por su cabeza!.. ¡Soberbia recompensa, señor coronel!..

THOM. (Sonriendo.) Padeceis un error; desgraciadamente nada tengo que ver con dicha suma. Un aviso secreto acaba de disipar la duda de Cromwell acerca del paradero de Carlos Estuardo. Vanos serán vuestros subterfugios para ocultarle, pues mi escolta guarda todas las salidas del castillo y no puede escaparse de mis manos.

ELEN. (¡Nos han vendido!)

THOM. ¡Por vida de Salomon!.. acabemos de una vez;

no puedo perder el tiempo charlando como un babieca.

ART. (Indignado.) Parece, coronel, que no estais acostumbrado al trato de las damas, y que ignorais el respeto que se merecen.

THOM. (Con desprecio.) ¿Pensais darme, caballerito, una leccion de cortesia?.. gracias, guardadla para vos. No me admira que os desagrade mi lenguaje; los papistas acostumbrais ganar vuestros grados en la Corte galanteando á las mugeres, mientras que nosotros, soldados de fortuna, los obtenemos exponiendo el pellejo en los campos de batalla.

ART. (Irónicamente.) ¡Lástima que vuestra educacion no corra parejas con tanta bravura!.. entonces, coronel, seriais el modelo de los caballeros.

THOM. Tened la lengua ó ¡vive Dios! que he de lavar con vuestra sangre los insultos que me inferís... Si no fuera porque mi general me ha encargado la mayor moderacion... pero, no se trata de eso; entregadme á Cárlos Estuardo. (Dirigiéndose al aposento de la derecha.)

ART. (Interceptándole el paso.) ¡Atrás!.. antes de prender al rey, debeis pasar sobre mi cadáver.

THOM. (Desenvainando la espada.) Mi espada se abrirá camino. En guardia. (Cruzan los aceros y pelean algunos instantes con denuedo.) Sois diestro, tanto mejor. (Recibiendo una estocada en el corazon y cayendo muerto.) ¡Ah!...

ELEN. ¿Qué habeis hecho, Arturo?

ART. El cielo me inspira. (Dirigiéndose á la puerta secreta.) Venid, señor, estais salvado. (Aparece el rey.) No perdamos un solo instante; ponéos estos vestidos. (Ayudándole á poner la capa, el sombrero y la espada del coronel Thompson y entregándole despues un cuerno de caza.) Tomad esta bocina; al traspasar los límites del bosque, aplicadla tres veces á vuestros lábios; su sonido nos indicará vuestra libertad. (Váse el rey. Arturo cargará sobre sus hombros el cadáver del coronel y lo dejará en el aposento de la izquierda.)

ELEN. ¡Salvadle, Dios mio, salvadle!.. (Oyese un gran rumor.)

ART. (Apareciendo de nuevo.) ¿Qué sucede?

JORG. (Dentro.) Encended luces...

ELEN. (Con espanto.) ¡Cielos!... esa voz es la suya... la de mi esposo...

ART. (Corriendo á la ventana y mirando al exterior.) Una numerosa partida de puritanos entra en el castillo. El rey, embozado hasta los ojos, atraviesa las filas de los soldados sin ser reconocido... ¡Ah! ¡Loado sea Dios!... ¡Carlos II se ha salvado!

ESCENA XIV.

Dichos, CROMWELL, JORGE, SOLDADOS *al foro.*

CROM. ¿Sir Jorge, dónde está Carlos Estuardo?.. Responded: yo os lo mando.

ELEN. (Colocándose delante de lord Chelburne, y con ademan altivo.) Mi esposo no recibe órdenes mas que de su rey.

CROM. Soldados, registrad cuidadosamente la casa y sus dependencias. (Bajo, á lord Chelburne.) Ay! de vos si me habeis tendido un lazo. Pensad que cada una de mis esperanzas fallidas puede costaros la existencia.

JORGE. (Bajo.) Os afirmo que... (Varios soldados saldrán del aposento de la izquierda conduciendo el cadáver del coronel.)

CROM. ¡Maldicion!.. ¡Thompson asesinado!.. Ah! todo lo comprendo: Estuardo nos ha escapado de las manos. Embozado en la capa del coronel, acabais de franquearle el paso. (Á los soldados.) Corred en su busca, amigos mios, y reventad los caballos si es preciso. (Algunos soldados saldrán precipitadamente por el foro.) (Á sir Jorge.) Vida por vida; milord, daos preso en nombre de la ley.

ART. (Impetuosamente.) Ya que le falta una presa al tigre para saciar en ella su torpe saña, aquí tiene una que voluntariamente se ofrece. Cromwell: lord Chelburne es inocente del delito que le acusais. Yo soy quien ha provocado y herido al coronel Thompson; yo soy quien le ha despojado de sus vestidos para revestir con ellos al rey; yo soy finalmente quien ha concebido y secundado el plan de su evasion. Haced

caer sobre mi cabeza todo el rigor de vuestra venganza. Pronto Carlos II estará en salvo y podrá prescindir de mis servicios; pronto le rodearán fieles servidores que harán con sus cuerpos una muralla para defenderle. Proseguid esa lucha encarnizada y fratricida; destruíd, aniquilad, sembrad por do quiera la desolacion y la muerte; jamás vereis realizadas vuestras locas esperanzas; siempre se alzarán á vuestro paso nuevos contrarios que os disputarán palmo á palmo el terreno que pisais. Brotarán héroes de las sepulturas de los mártires inmolados en aras de su rey y de su patria. El amor al país y á la religion es una semilla que fructifica con pertinaz constancia, y vanos serán vuestros esfuerzos para estirparla del corazon humano.

CROM. (Friamente.) Apoderaos de ese hombre. (Los soldados se apoderan de Arturo. Óyense á lo lejos tres toques de bocina.) ¿Qué significa esta señal?

ART. (Desde el foro, y con noble entusiasmo.) ¡La libertad de Carlos II y su próximo triunfo!.. (Desaparece Arturo acompañado de los soldados. Cromwell se dejará caer abatido en un sillon. Elena dirigirá al cielo una ferviente mirada de gratitud.)

ACTO TERCERO.

Campamento militar. A la izquierda y en primer término, la tienda de Cromwell. En su interior, algunos trofeos formados con armas de diferentes clases, una mesa con papeles y recado de escribir, y dos taburetes. A la puerta de la misma y clavado en tierra, el estandarte de Inglaterra. A la derecha y al foro, otras tiendas. Los soldados aparecen durmiendo tendidos en el suelo. Dos centinelas al foro. Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

CROMWELL, *solo.*

CROM. (Sentado junto á la mesa, y en actitud reflexiva.) Aquella aparicion no fué un ilusório desvarío de mi mente acalorada... Mi padre me reprendia por haber dado crédito á lo que él llamaba una *loca supercheria.* ¡Pobre padre!.. Si la fria tumba no guardase tus despojos, los últimos acontecimientos de mi vida te hubiesen convencido de su portentosa realidad. Aun veo aquella muger enlutada y severa, cubierta con un tupido velo, aproximarse al pié de mi lecho y decirme con voz débil y apagada: «Olivério, nadie en Inglaterra será mas grande, ni mas poderoso que tú.» Resuena todavia en mis oidos el eco de sus palabras... eco lúgubre, sepulcral,.. Aquel aviso profético se ha realizado por completo. Me encuentro en la cumbre del poder... un paso mas y.... (Interrumpiéndose algunos instantes para dirigir una mirada recelosa á su alrededor.)

vida de azares y peligros, porque tu sola presencia aumenta mi fuerza y reanima mi valor.

FAN. ¡La política!.. ¡la guerra!.. ¡negras sombras interpuestas en el horizonte de nuestra felicidad!.. En pós de sus terribles veleidades, habeis abandonado el hogar doméstico y olvidado el santo aprecio de la familia. ¡Pobre madre!.. ¡Cuánto sufre por vuestra causa!.. Oh! si, si... la guerra os ha cambiado por completo; antes tan sencillo, tan afectuoso, y ahora...

CROM. Acaba...

FAN. Tan cruel é inflexible.

CROM. El estado de agitacion que atraviesa el país, reclama en el gobernante un carácter enérgico y severo.

FAN. Ah!.. ¡Mal haya el gobierno que cimenta su autoridad despótica con la sangre de sus súbditos!

CROM. (Fuerte.) ¡Fanny!

FAN. (Sonriendo.) Oh! no me inspira temor el tono con que habeis pronunciado mi nombre. Sé que los niños mimados pueden emitir libremente sus ideas, ó repetir lo que están cansados de oir á cada paso.

CROM. ¿Con que se me juzga de esta suerte?

FAN. Tal es la opinion general.

CROM. Los hombres son injustos.

FAN. Obligadles á cambiar de lenguaje.

CROM. ¿De qué manera?

FAN. Poniendo un término á esta guerra desastrosa; devolviendo al heredero del rey Carlos los restos del trono paterno que le habeis usurpado.

CROM. (Secamente.) Basta. Solo una persona en el mundo, pudiera haberme dirigido semejantes palabras sin escitar mi cólera y sufrir las consecuencias de su audacia: esta persona eres tú, hija mia. (Exaltándose por grados.) Ah!.. tú no sabes las iniquidades, las vejaciones cometidas por

esa raza vil y despreciable que tratas de defender. Tú no has oido los gritos de agonía exhalados por un pueblo sumido en la miséria y en la esclavitud; tú no has visto la dilapidacion de los fondos públicos, la insolencia de los cortesanos, la prostitucion de una Corte depravada. Dios, al convertirme en árbitro de los destinos de mi pátria, dotó mi alma de la energia y del valor necesarios para regenerarla; hé aquí porque estirpó de mi pecho todo gérmen de bondad y misericordia. Solo un carácter recto é inflexible podia corregir tanto abuso, castigar tanta infamia y arrancar á un pueblo de la mas abyecta esclavitud.

ESCENA V.

Dichos, MORRIS.

MOR. Perdonad, mi general... pero el consejo de guerra os aguarda.

FAN. ¿Vais á juzgar algun prisionero?

CROM. Si; á un miserable que ha tenido la audacia de insultarme públicamente, despues de haber hecho fracasar mis planes.

FAN. Ignoro la gravedad de su falta y si es merecedor del terrible castigo que le impondreis; pero sé que la misericordia de Dios és infinita y que os ordena la clemencia.

CROM. El consejo dictará su pena; yo solo dispongo de mi voto...

FAN. Y de vuestra influencia.

CROM. Vamos, hija mia, retírate á tu aposento y procura ocuparte menos de los negocios del estado, pues no están al alcance de una tierna cabeza como la tuya. (Besará su frente y saldrá por la izquierda seguido de Morris.)

ESCENA VI.

FANNY, *luego* ELENA Y SOLDADOS.

FAN. (Con tristeza.) ¡La envidia ha emponzoñado su no-

ble corazon!.. ¡Oh! padre mio, esa ambicion que ciega tu alma ha destruido la paz de vuestro hogar convirtiendo nuestras existencias en un contínuo sufrimiento. Quiera Dios iluminar algun dia tu mente y que aun puedas devolver á la familia la calma y el bienestar de que se vé privada despues de tantos años. (Óyense grandes rumores.)

ELEN. (Dentro.) ¡Dejadme!.. Quiero ver á Cromwell..

VOCES. (Id.) ¡Atrás!.. ¡atrás!..

FAN. (Dirigiéndose á un grupo de soldados.) ¿Qué significan estas voces?

UN SOL. (Descubriéndose.) Es una muger que pretende hablar al general.

ELEN. (Desprendiéndose de los soldados.) ¡Miss Cromwell, protegedme!

FAN. (Admirada.) ¡Vos aqui, milady!.. ¿Olvidais que estais rodeada de enemigos?

ELEN. ¿Qué mal pueden causar á una muger indefensa? (Examinando á Fanny, y con sorpresa.) Pero, es estraño; pensaba encontraros afligida... ¿Me habré engañado acerca de vuestros sentimientos?

FAN. ¿Qué quereis decir, señora?

ELEN. ¡Cielos!.. ¿no sabeis?..

FAN. Esplicaos. ¿Qué infausta nueva venís á comunicarme?. ¿Han preso al rey?..

ELEN. ¿Pensais que si tal desgracia hubiese ocurrido intercediera en su favor?... ¡Oh! de ningun modo... solo un poder sobrehumano podria salvarle en este caso. Pero ¿no os interesais por ninguna otra persona en el mundo?

FAN. (Con terrible angustia.) ¡Gran Dios!.. ¿ha muerto Arturo?.. ¡Oh! hablad, hablad: ¿no veis que esta espantosa duda tortura ya mi mente?

ELEN. Aun existe; pero no respondo de su vida dentro de algunos instantes.

FAN. (Tapándose el rostro con las manos.) ¡Ah!..

ELEN. Le han preso en mi casa, y atado de piés y manos cual si fuera un criminal, ha sido conducido á este campamento. Pero... ¡es posible!..

¿nadie os habia revelado esta noticia?

FAN. Mi padre me la ha ocultado con el mayor sigilo.

ELEN. No hay que perder un solo momento; es preciso que salveis á vuestro defensor, al hidalgo mas leal de Inglaterra.

FAN. (Amargamente.) ¡Ay de mi!... nada puedo hacer en su favor.

ELEN. Calmaos y escuchadme, amiga mia. Vos amais á Arturo... y la muger que ama, impulsada por la necesidad, sabe revestirse de valor y escudar con su cuerpo el pecho del ser amado. Un imperioso deber nos obliga á arrancarle de la triste suerte que le espera. Su pobre madre, al recomendarle eficazmente á mi cuidadado, me dijo con voz desgarrada por el dolor: «Os confio mi Arturo; es jóven, una imprudencia puede perderle; ya sabeis que es mi único hijo, conservad á una madre la sola felicidad que le resta en la tierra.» Si él muere, aquella débil anciana no podrá resistir tan cruel infortunio. ¡Ah! decidme... ¿No unireis vuestros esfuerzos á los mios para salvar á esta inocente víctima de la lealtad? ¿no me prestareis todo vuestro apoyo para devolver á una madre el hijo que la injusticia de los hombres piensa arrebatarle?

FAN. Sí, Elena, sí... disponed de mi vida.

ELEN. (Con alegria, estrechando sus manos.) ¡Oh! gracias; segura estaba de conmover vuestro corazon. No perdamos un solo instante. (Dirigiéndose á la tienda de Cromwell.) Corramos al encuentro de vuestro padre.

FAN. Esperad, Elena...

ELEN. ¿Pensais que me arredra su presencia?... Oh! no... no... (Levantando el tapiz de la entrada, y poseida del mayor espanto.) ¡Ah!.. ¡mi esposo!.. ¡Arturo está perdido! (En este momento óyense los acordes de una marcha fúnebre, interrumpida á intérvalos por el redoble de los tambores.)

FAN. (Desesperada.) ¡Elena!... ¡Elena! ¿Ois esta lúgubre armonia?... Es la marcha con que acompañan á los condenados al suplicio... ¡oh! si... si, la

¿Porqué no?.. ¿Quién se atreverá á disputarme la corona?.. Despues que haya destrozado á Carlos Estuardo, ¿quién podrá luchar conmigo?.. ¿El Parlamento?.. ¡Imposible!.. la pluma no puede oponer resistencia á la espada; el espíritu no puede batallar contra la fuerza. Pondré coto á la necia parlería de esos charlatanes, haciéndoles ver de cerca los arcabuces de mis soldados. El vaticínio se cumplirá... Hay en Francia un político eminente, Mazarino. ¡Con que animosidad y destreza resuelve los mas árduos problemas, las mas complicadas dificultades!... Mazarino es una leccion viviente para mí. Hé aquí el hombre que me falta para dar á mis planes un punto de apoyo en el continente..... Solicitaré su amistad, y con su ayuda, me haré nombrar Protector de la república de Inglaterra, Escocia é Irlanda. Confianza, Cromwell.... el destino te favorece. Una secreta voz me dice que no serán estériles tus esfuerzos; que verás realizados los planes de prosperidad y de grandeza que germinan en tu mente. Legarás por herencia á tu hijo, el trono que tus hercúleos brazos han derrumbado. (Redoble de tambor. Los soldados se levantarán, paseándose algunos y formando grupos al foro los demás.)

ESCENA II.

CROMWELL, MORRIS.

MOR. (Entrando en la tienda.) Salud, general. Dios guarde al ilustre gefe de los santos.

CROM. Buenos dias, capitan. ¿Ha llegado lord Chelburne?

MOR. Ha llegado, y espera vuestras órdenes.

CROM. Está bien. Colocaos junto á esta mesa, y aparentad examinar esos despachos. (Levantándose y cediendo su puesto á Morris.) Ese hombre ha sido un ardiente papista, y debo desconfiar de los que

han profesado opiniones tan contrarias á las mias. No me arredra la hoja de una espada; pero siempre me ha inspirado recelo el puñal de un asesino.

MOR. (Sentándose, y poniendo un par de pisto'as sobre la mesa.) No perderé de vista á vuestro visitador.

ESCENA. III.

Dichos, SIR JORGE, acompañado de dos soldados.

CROM. (Viendo entrar á sir Jorge, y consultando su reloj.) ¡Las cuatro!.. Parece que no teneis gran apego á la claridad del dia, cuando girais vuestras visitas á tales horas. Alabo una aficion que puede ahorraros mas de un disgusto. (Aparte, indicándole á Morris.) No os inquieteis por la presencia de ese oficial, está aquí por mera forma...

JORGE. (Vacilando) General...

CROM. Descuidad, es hombre discreto. Me teneis muy enojado, no sé que pensar de vuestra extraña conducta: ó me habeis engañado ó se han burlado de vos. Considero mas admisible esta última hipótesis, é imagino que se ha tramado en vuestra casa una conspiracion de la cual habeis sido víctima.

JORGE. Esta es la verdad.

CROM. (Con sarcasmo.) ¡Y lo confesais!.. Ved ahí al hombre que ha puesto su perspicacia al servicio de la patria y del Parlamento... Oh! me admira la rara inteligencia que demostrais, precursora de otros disparates por el estilo!..

JORGE. No merezco que me censureis con tal dureza. Las convicciones de lady Elena han hecho fracasar mis proyectos; las he combatido energicamente, no sin causarme admiracion y envidia su firme y leal proceder.

CROM. ¡Es posible!.. ¿estimais el carácter de esa muger cuyo necio orgullo se resiste ante el poder de vuestra voluntad?.. Os felicito, lord Chelburne; sois el modelo de los maridos.

JORGE. Mi situacion es parecida á la vuestra. Verdad es que en vano he luchado contra las opiniones de mi esposa, que se han estrellado mis esfuerzos ante la firmeza de su carácter; pero vos tambien teneis una hija cuyas ideas están en abierta oposicion con las que vos profesais.

CROM. ¡Voto al infierno!.. ¿Pretendeis injuriarme con estas palabras?...

JORGE. Líbreme Dios siquiera de pensarlo.

CROM. Acabemos. Por culpa vuestra se fugó ayer Carlos Estuardo, y en su lugar he debido resignarme con la captura de ese insolente jóven que se jacta de haber secundado el maldito plan que ha destruido mis mas halagüeñas aspiraciones. No esperaba de vos tan cruel decepcion... Y sin embargo, la recompensa prometida...

JORGE. No la he recibido aun... y podeis guardarla.

CROM. Dejaos de disimulos. Me consta que la deseais con afan, para reparar vuestras últimas pérdidas en el juego que han sido considerables. Reflexionad que estais completamente arruinado, que puedo rehacer vuestra fortuna en un instante...

JORGE. (Despues de una ligera pausa.) General, ¿qué me quereis?

CROM. Ante todo, esplicadme el objeto de vuestra venida. (Observando su silencio.) ¿Vacilais en responderme?.. ¿Temeis acaso manifestar vuestro celo por los intereses de la patria?

JORGE. Ya sabeis que mi vida os pertenece: disponed de ella á vuestro antojo.

CROM. Pues bien, quiero tener dentro de dos dias al hombre que perturba la Inglaterra. Meditad un plan que tenga por objeto el logro de mis deseos, si no quereis que os retire la proteccion que os dispenso y que nos ligue tan solo el recuerdo de cierto secreto... Esperadme en esta tienda; antes de una hora estaré de vuelta. Supongo que este tiempo os bastará para refle-

xionar con madurez el estado de vuestros asuntos y para buscar la solucion del problema que trato de resolver.

(Cromwell y Morris saldrán de la tienda, desapareciendo este último por la izquierda; en este momento entra Fanny por la derecha. Sir Jorge permanecerá en la tienda sentado junto á la mesa.)

ESCENA IV.

FANNY, CROMWELL.

CROM. (Contemplando á Fanny con amorosa solicitud.) ¿Cómo te encuentras, hija mia? observo que tus facciones están tranquilas, serenas; que tus hermosos lábios se entreabren á impulsos de jovial sonrisa. ¡Ah! por fin ha desaparecido de tu semblante la nube de tristeza que lo empañaba.

FAN. ¡Oh! si... soy muy feliz.

CROM. ¿Eres feliz?... ¿porqué?...

FAN. (Con turbacion.) No me lo pregunteis... es un secreto, un sueño que no quiero explicaros, porque sé que os burlais de mi loca credulidad. La dicha, por mas que sea ficticia, obra siempre saludables efectos en la naturaleza humana. Al dispertar hoy, he sentido latir mi pecho libre de la opresion que le abrumaba, la tristeza ha desaparecido de mi alma y un destello de esperanza ha reanimado mi abatido corazon.

CROM. (Abrazándola.) Calma tu inquietud, hija mia. Tú vivirás, me lo dice tu rostro que como el cristal del arroyo, refleja el cielo alegre y rosado de tus quince abriles; vivirás para tu padre que te ama como los santos aman al cielo. ¿No eres mi única felicidad, mi mayor consuelo?.. Al resonar en mis oidos los tiernos acentos de tu voz, se efectua en mi organismo la mas extraña revolucion: olvido los furores de la guerra, los sombríos cálculos de la política, dejo de ser Cromwell... Te arranqué de los brazos de tu madre para asociarte á mi

reconozco perfectamente. ¡Ha herido tantas veces mis oidos!

ELEN. De rodillas, hermana mia, de rodillas. Mirad: ¡el mártir se acerca! (Aparece el fúnebre cortejo. Delante los tambores con las cajas enlutadas; luego el capitan Morris y á su lado Arturo con las manos atadas; detrás un peloton de soldados.)

ESCENA VII.

Dichos, ARTURO, MORRIS, SOLDADOS.

ART. (A Morris, y sin ver á las dos mugeres que permanecerán arrodilladas.) Capitan, ¿en qué sitio debo ser ajusticiado?

MOR. En los fosos del campamento.

ART. Oh! madre mia, madre de mi alma, no quiera Dios que conozcas la triste suerte de tu hijo. ¡Adios, ilusiones falaces de la vida!... ¡Adios, ensueños de amor y de gloria!...

FAN. (Levantándose, y corriendo desatinada al encuentro de Arturo.) ¡Deteneos!... Arturo! Arturo!

ART. (Con profunda sorpresa.) ¿No es una quimérica ilusion de mis sentidos? ¿No es esto un sueño de mi loca fantasia?... ¡vos aquí, Fanny! ¡vos tambien, Elena! ¡las dos reunidas al borde de mi tumba!... Oh!.. ¡benditas seais vosotras que habeis guardado tantas virtudes en un siglo de perversion y de infamia!..

ELEN. (A los soldados.) Piedad!... compadeceos de nuestro dolor... aguardad un solo instante.

FAN. ¡Arturo mio!

ART. (A Morris.) No, capitan; marchemos... Este sufrimiento es mil veces peor que la muerte.

FAN. (Con desesperacion.) Soldados, no deis crédito á sus palabras... Miradme: ¿no me conoceis?... Soy la hija de Cromwell. Deteneos; yo os lo mando en nombre de mi padre. (A Arturo.) ¿No sabes, ingrato, que me has robado la paz del alma, que sin tí no puedo vivir?... (Postrándose á sus piés.) ¡Oh! Arturo mio, tú que has protegido mi vida exponiendo heroicamente la tuya, tú á quien amo como á mi verdadero desposado, no te

separes, no te alejes de mí; déjame bañar con mis lágrimas esas cuerdas que oprimen tus manos...

ART. ¡Pobre Fanny!... tu padre es quien acaba de dictar mi sentencia de muerte

FAN. Pues bien, esa sentencia será revocada... El cielo no permitirá un crimen tan espantoso. (En este instante aparece Cromwell por la izquierda. El cortejo hace un movimiento para ponerse en camino.)

ESCENA VIII.

Dichos, CROMWELL, *luego* JORGE.

CROM. ¡Condenacion!... ¡mi hija prosternada á los piés de un malvado!

ELEN. Decid de un mártir. ¿Desde cuando la oracion es un crímen?

CROM. ¿Vos aquí, señora? Forzoso os habrá sido refrenar ese impetuoso orgullo, de que haceis alarde, al atravesar las trincheras de mi campamento.

ELEN. He venido á protestar la pena impuesta á un inocente.

CROM. Comprendo: venís á implorar mi clemencia en favor de vuestro pariente.

ELEN. ¡Vuestra clemencia!... Jamás!... no hago ánimo de suplicar, sino de pedir justicia.

ART. Decís bien, Elena; arrostraria mil veces la muerte antes que pedir perdon á ese hombre.

CROM. Seria inútil; no está en mi mano anular un fallo del consejo de guerra.

FAN. Un momento, padre mio. Harto sabeis que siempre he acatado con el mayor respeto vuestras decisiones, que raras veces se han abierto mis lábios para dirigiros una súplica; pero hoy mi felicidad, la conservacion de mi vida, dependen de una palabra vuestra.

CROM. ¿Tu felicidad?...

FAN. Si; lord Arturo me ama...

CROM. Pero tú... oh! dime que no correspondes á una

pasion que te deshonra... (Observando la inquietud de Fanny.) ¡Gran Dios! se turba... palidece... ¡Infeliz! ¿profesas amor á un realista, á un defensor de los Estuardos?.. (A Arturo.) Y vos, caballero, acaso habeis creido que Cromwell daria al mundo el espectáculo de una culpable alianza, enlazando su hija con un enemigo público?.. (Con vehemente dolor.) Ah! ¡Hé aquí el premio de mis continuos sacrificios para la regeneracion de mi patria! ¡La posteridad me tachará de déspota é inhumano, me pedirá cuenta de la sangre que he vertido, sin observar la que brota á raudales de mi corazon! Largos años ha que combato para esterminar á ese orgulloso bando y cuando se encuentra jadeante y rendido bajo mis piés, aun muerde cobardemente la mano que trata de perdonarle!.. ¡introduce en mi familia la tea de la discordia!... Esos infames no pueden vencerme en un campo de batalla, y en su impotente rabia, traspasan mi alma con un dardo venenoso. Pero, no, no; aunque ese fatal amor debiera costar la existencia de una hija que tuve la debilidad de preferir á las demás, nunca vereis cumplidas tan locas esperanzas. Antes de realizarse vuestros votos insensatos, el mar habrá dejado de separar las playas de la Francia de las sombrias costas de la Inglaterra. (A una señal de Cromwell el cortejo se pondrá otra vez en movimiento. Arturo hará con la mano un ademan de despedida á Fanny; esta cae desvanecida en los brazos de Elena que la conducirá, ayudada por Cromwell, al interior de la tienda.)

JORGE. (Bajo, á Elena.) Tranquilizaos: salvaré á Arturo. (Desaparecen Elena y Fanny. Cromwell volverá á salir de la tienda seguido de sir Jorge.) Milord, soy yo... ¿me habiais olvidado?

CROM. ¿Qué quereis?... Todo conspira en contra de mi reposo: Estuardo escapa de mis manos, me insultan mis enemigos, hasta mi hija trata de venderme... ¡Oh mal haya mi cruel destino!

JORGE. Prorógad el suplicio de lord Elleswood.

CROM. Jamás! Se ha hecho acreedor á su pena, y la

sufrirá sin demora.

JORGE. Procurad que no tenga lugar la ejecucion: la vida de ese jóven os es indispensable.

CROM. ¿Indispensable?... ¿Para qué?

JORGE. Ved que los instantes son preciosos...

CROM. Hablais con un tono de seguridad... Esplicaos: consiento en acordar un plazo. Mayor Petterson. (Entrará un oficial.) Suspended en mi nombre la ejecucion de lord Elleswood. No me perdais de vista, y si levanto mi espada, que se cumpla al momento la sentencia. (Váse el oficial despues de inclinarse.) Ahora, sir Jorge, hablad; ya os escucho.

JORGE. Como sabeis, hace dos dias que Carlos ha desaparecido. Conociendo los riesgos á que se expone al refugiarse en los castillos de los nobles adictos á su partido, se ha disfrazado de campesino, decidido á mendigar la hospitalidad de las cabañas hasta el momento de su embarque. Harto comprendereis cuan difícil será su captura, atendida la incorruptible fidelidad de las gentes del pueblo. Dos personas poseen tan solo la confianza de Carlos Estuardo: lord Derby y el coronel Carless. He visto á este último, y ha rehusado obstinadamente indicarme el retiro de su señor.

CROM. (Bruscamente.) ¿Entonces, á qué vienen esas inútiles palabras?.. ¿porqué me habeis suplicado el retraso de la sentencia? (Desenvainando la espada.)

JORGE. Esperad, aun no he concluido. Carlos Estuardo tiene en gran estima á lord Elleswood, agradecido á los servicios que ha prestado á su causa. Tan pronto como Arturo recobre su libertad, se reunirá con su amigo el coronel Carless, y por medio de este, se pondrá en relaciones con el rey. (En este momento aparece Elena en la tienda, escuchando con afan la conversacion de Cromwell y su esposo.)

CROM. (Con impaciencia.) Y de este modo tendré otro enemigo á quien combatir. Oh! ¡magnífica idea! (Haciendo un ademan para levantar la espada.)

JORGE. (Deteniéndole.) Pero vos pondreis trás la huella

de Arturo un confidente que no le pierda de vista y que os dará cuenta de las acciones de este jóven. Mi primo es atolondrado, imprudente; pronto dejará traslucir su secreto, y entonces la captura de Carlos será segura.

CROM. (Despues de una breve pausa.) Quizás tengais razon.... ¿pero quién me responde de la sinceridad de vuestras palabras?.. ¿Quién se encargará de vigilar á lord Elleswood?

JORGE. Yo; y os juro que antes de ocho dias el rey habrá caido en vuestras manos.

CROM. Y si al cabo de este término no habeis indagado cosa alguna, ¿cuál será mi recompensa? ¿la pérdida del prisionero?

JORGE. Tendreis otro en su lugar: Jorge Chelburne.

CROM. (Mirándole fijamente.) ¡Vos!..

JORGE. Sufriré resignado la pena capital, cuyo cumplimiento os hago hoy aplazar.

CROM. (Envainando la espada.) Está bien. No falteis á vuestra palabra, porque mi venganza seria inexorable.

JORGE. Dignaos dar las órdenes oportunas para que le pongan en libertad.

ESCENA IX.

Dichos, ELENA.

ELEN. (Saliendo de la tienda.) Deteneos. Ese plan infernal no puede realizarse.

CROM. ¡Otra vez, señora! ¿Censurais tambien mi conducta cuando trato de satisfacer vuestros mas caros deseos?

ELEN. ¡Mis deseos!.. os engañais, Oliverio Cromwell. Arturo no aceptará la vida que le ofreceis, si comprende á que vil precio se le otorga. El mismo invocará la muerte cuando le diga: «La traicion es el rescate de vuestra sangre, vais á servir de instrumento en un cobarde complot.»

CROM. Basta, señora, basta. (Á Jorge.) Una de las con-

diciones que impongo al perdon de lord Arturo, es que no comparezca durante un mes por vuestra casa. (Á Elena.) En cuanto á vos, daré órdenes para que sean vigiladas vuestras acciones. Seguidme, lord Chelburne. (Váse Cromwell.)

JORGE. ¡Desdichada!.. vuestras palabras podian comprometer la existencia de Arturo. (Viendo que su esposa le vuelve la espalda con disgusto.) Un dia me hareis justicia.

ELEN. Salid!.. ¡me causais horror!..

JORGE. Señora, os juro que no me habreis humillado sin correctivo y que mi ódio...

ELEN. (Con desprecio.) Caballero, vuestro amigo Cromwell os aguarda. Id á comunicarle los resultados de vuestro espionage. (Váse.)

JORGE. Ah!.. ¿Desafias mi cólera y mi venganza?.. ¡Insensata!.. ¡Acabas, con tus desprecios, de sentenciar á muerte al rey!

ACTO CUARTO.

La granja de Cromwell.—A la izquierda y en primer término, la fachada de una casa de campo con puerta practicable. En segundo término, rocas escarpadas, que formando declive, terminarán diseminadas por la escena. A la derecha, bosque. Al foro, el mar en perspectiva. Frente á la granja, un árbol y un poyo de piedra.

ESCENA PRIMERA

ELENA, FANNY.

(Las dos entrarán por la derecha; Elena dará el brazo á Fanny que se apoyará en él muy abatida.)

ELEN. ¿Os sentís mas aliviada?.. El cansancio del paseo perjudica quizás vuestra salud.

FAN. No, querida Elena. Este aire que respiro, ese sol que vivifica mi ser, alimentan en mi alma el fuego de la existencia. ¡Son tan cortos los instantes que me restan de felicidad, que deseo aprovecharlos sin desperdiciar uno siquiera!... ansío ver las flores, oir en la enramada el dulce gorjeo de los pájaros, percibir el leve murmullo de la brisa que susurra en mis oidos como una celestial armonia... Ay! estos encantos de la naturaleza no pueden infundirme una esperanza que no existe; pero reaniman al menos mi ánimo postrado por el dolor... ¡Se apaga mi existencia, y mis manos se afer-

ran á ella como las del náufrago á la roca que debe salvarle! Oh!... ¡cuán triste es abandonar este mundo en la primavera de la vida!...

ELEN. Desechad tales ideas de vuestra imaginacion; nada temais, mi brazo os sostendrá, mi corazon será vuestro refugio. En nuestra separacion he comprendido la intensidad del cariño que os profeso. ¡Si supierais la solicitud, el ardor que he desplegado para descubrir vuestro retiro!... Por fin el cielo ha colmado mis deseos y ha permitido que os estrechara de nuevo entre mis brazos... Como sabeis, he dejado mi carruaje y mis criados á corta distancia de Selsey-Bill. Pronto la prudencia me obligará á separarme de vuestro lado; pero al menos habré recibido una vez mas el testimonio de vuestro aprecio.

FAN. Oh! gracias por vuestra bondad. En esa granja han transcurrido los primeros dias de mi infancia. Ella me vió nacer, ella presenció los juegos inocentes, las primeras alegrias, las dulces ilusiones de un alma virginal; justo es que hoy contemple el llanto de mis ojos, las amargas decepciones de mi vida... y que me vea morir. Mi padre viene á visitarme la mayor parte de los dias, me colma de solícitos cuidados... ¡Creerá sin duda que la ausencia y la soledad borrarán de mi mente... el recuerdo del pasado!

ELEN. Y sin embargo prevalece... ¿no es verdad?

FAN. (Con gran pesar.) Siempre!.. ¡La soledad y la ausencia lejos de borrar la huella del pasado, la profundizan cada vez mas!...

ELEN. (Inocente criatura!) No he vuelto á ver á la persona que aludís; pero tranquilizaos pensando que existe, y que cual vos guarda fielmente en su pecho, el recuerdo de otros tiempos mas felices.

FAN. Ah! ¿es posible?... ¿se acuerda aun de mí?..Oh! decidme...

(En este momento aparece en lo alto de las rocas Carlos Estuardo vestido con la mayor pobreza y apoyándose en un baston.)

ELEN. ¡Silencio! no estamos solas. Mirad. (Mostrándole el aldeano.)

ESCENA II.

Dichos, CARLOS II.

CARL. (Bajando penosamente por el camino labrado entre las rocas.) ¡Dios mio!... ¿cuándo llegaré al término de mi viaje?... ¡Tres dias hace que vago errante y perdido sin encontrar un asilo hospitalario, sin que un alma compasiva me haya dirigido una palabra de consuelo!... ¡Me veo precisado á recorrer los pueblos ocultando mi rostro como un criminal, á oir á cada paso las maldiciones que me dirigen sus habitantes para obedecer á los tiranos que rigen sus destinos... á sufrir todos los tormentos del destierro y de la miseria!... solo... siempre solo... (Sentándose en una roca.) ¡Oh! no puedo mas... ¿Me habrá olvidado tambien Arturo?... No; no es posible, quizás me estará buscando en este momento. Los que exponen la cabeza en defensa de su rey, los que rinden ferviente culto á la desgracia, sacrifican mil veces su vida antes que faltar al cumplimiento de sus deberes.

FAN. (Aproximándose á Carlos.) ¡Pobre hombre!... Está estenuado de cansancio y tal vez de hambre. (Á Elena.) Le haremos entrar en la granja, y Betzy le servirá algunos alimentos.

ELEN. Que buena sois.

FAN. (Á Carlos.) Perdonad, buen hombre...

CARL. (Volviendose con sorpresa y bajando sobre sus ojos el ala de su sombrero.) ¿Qué me quereis?

ELEN. (Asombrada.) ¡Gran Dios!..

FAN. (Id.) ¡El rey!

CARL. (Levantándose.) ¡Elena!.. ¡miss Fanny!.. Oh! perdonadme, Dios mio... ¡os acusaba de abandono y tenia dos ángeles á mi lado!

ELEN. Confianza. (Señalando el foro.) Cuando se divisa el

mar, no puede estar lejos el puerto.

CARL. (Con desaliento.) En el mar son frecuentes los temporales y las borrascas, y mas de una vez naufraga la nave á la vista del puerto en que busca su refugio.

ELEN. (Energicamente.) Tened presente, señor, que la resignacion es la mas preciada virtud de vuestra desdichada raza.

CARL. Llega un momento, señora, en que el hombre, agobiado por la lucha, espera con ánimo sereno la muerte que debe terminarla, antes que hacer el menor esfuerzo para combatirla. Pues bien, yo me encuentro en este caso: la fatalidad ha postrado mi espíritu, como se postra el cuerpo de un anciano bajo el peso de los años. ¿No os ha referido Arturo la espantosa noche que pasé en la selva de Worcester?.. Oculto entre las ramas de una encina presenciaba con espanto los movimientos de mis enemigos: hubo un instante en que me creí perdido y elevé al cielo una muda y ferviente plegaria. Buscando en todas direcciones, llegaron al pié del árbol que amparaba mi existencia; oia distintamente el ruido de su fatigada respiracion; el hálito de sus bocas quemaba ya mi rostro; con sus lanzas y espadas registraron el ramage, mezclando mi nombre á todas las blasfemias que les arrancaba el despecho de sus vanas pesquisas. No sé el tiempo que duró tan terrible situacion, pues perdí el sentido, y al despertar de mi letargo, el astro del dia doraba ya con sus rayos la copa del árbol que protegía al soberano de Inglaterra. Oh! me estremezco de horror al recordar aquella escena.

ELEN. Dios velaba por vuestra vida... Un esfuerzo mas y llegareis á Schoram. Una vez allí, la Francia os tiende los brazos para daros hospitalidad.

CARL. Solo espero á Arturo para ponerme en cami-

no; me inquieta ya su tardanza... ¿Habrá caido en poder de los emisarios de Cromwell?.. Sin embargo, no recuerdo haber confiado mis proyectos de embarque sinó á lord Derby y á vuestro esposo.

ELEN. (¡Dios mio!..)

FAN. (Al rey.) No aguardeis á sir Arturo; yo misma voy á favorecer vuestra fuga; daré órdenes para que ensillen un caballo.

CARL. Es inútil. Un caballo despertaria las sospechas de mis contrarios. ¿Desde cuándo un pobre campesino viaja de otro modo que á pié?.. Haraposo y delcalzo debe llegar Carlos II al término de su peregrinacion. (En este momento aparece Arturo por la derecha.)

ELEN. ¡Loado sea Dios!.. ¡Vedle aquí!

ESCENA III.

Dichos, ARTURO.

ART. Señor, vengo á salvaros. He encontrado un marino, Juan O'Gherty, que por cien guineas, os conducirá en su barco á las cercanas costas de la Francia.

CARL. (Tendiéndole la mano, que Arturo besará respetuosamente.) Nada puedo daros para recompensar vuestra lealtad; pero la historia os hará justicia. ¿Quereis acompañarme?

ART. Hasta Francia. Y si Vuestra Alteza sucumbe, tendré la gloria de verme envuelto en su destino.

FAN. (¡Dadme fuerzas, Dios mio; me siento morir!..)

ART. (Á Carlos.) No podemos perder un solo instante.

CARL. (Á Elena.) Lady Chelburne, recibid una vez mas el testimonio de mi profunda gratitud.

ELEN. Que el cielo os guarde, señor.

ART. ¡Adios, Elena!.. ¡Adios, Fanny! ¡El hado adverso que hoy nos separa, quizás consienta algun dia que nos tornemos á ver!

FAN. (Con voz apagada.) Si... si, Arturo, en el cielo... en la eternidad! (Vánse Cárlos II y Arturo.)

ELEN. (¡Pobre jóven!)

FAN. (Arrodillándose.) ¡Dios mio! ¡concededle tanta dicha cuanta ha sido mi desgracia! (Levantandose.) Dadme vuestro brazo, Elena... deseo descansar en la granja.

ELEN. ¿Enviaremos un mensagero á vuestro padre?

FAN. No es menester; pronto vendrá... me lo dice el corazon. (Entran las dos en la granja.)

ESCENA IV.

JORGE, *solo.*

JORGE. (Aparece por la selva.) Han transcurrido ocho dias... El plazo fijado por Cromwell vá á espirar dentro de algunas horas. Con mis amenazas y una dádiva de trescientas guineas he conseguido al fin el objeto que tanto deseaba: queda á mi disposicion el buque que debia salvar al monarca de Inglaterra, y la cabeza de Juan O'Gherty me responde del cumplimiento de su promesa. Una palabra mia bastaria para que Carlos Estuardo escapase á su implacable rival; pero su evasion seria la señal de mi muerte. (Leyendo una carta.) «Mañana es el último dia... Acordaos de vuestro juramento; si faltais á él, seré inexorable. Me encontrareis temprano en mi casa de campo, cerca de Schoram... os espero.» Esta debe ser la granja; Cromwell me estará aguardando ya; llamemos. (Golpeando la puerta con sus manos.) ¡Hola!..

ESCENA V.

ELENA, JORGE.

ELEN. (Abriendo.) ¿Á quién buscais en esta casa?

JORGE. (Retrocediendo con espanto.) (¡Ella aqui!) ¿Y vos, qué haceis en este lugar?

ELEN. He venido á visitar á una amiga. Vos buscais á su padre ¿no es cierto?... La casualidad nos reune, y no creo rehuseis un momento de conversacion.

JORGE. Al contrario; yo tambien deseo hablaros.

ELEN. La cólera que veo centellear en vuestros ojos, me hace presentir lo que quereis decirme.

JORGE. Esto me evitará el trabajo de entrar en inútiles esplicaciones.

ELEN. ¡Desgraciado!.. Llevais impresa en vuestra frente la huella de los sufrimientos, de los pesares que os acarrea la vida fatal á que os habeis entregado.

JORGE. (Irónicamente.) Os felicito, señora... ¡Oh! ya veo que sois diestra en el arte de adivinar los secretos del corazon. Á esa insigne perspicacia debo la tenaz, la incalificable obstinacion de vuestras persecuciones... ¡Satisfecha podeis estar de vuestra habilidad!

ELEN. (Con amargura.) ¡Oh! sí... satisfecha puedo estar de verme obligada á seguiros como un fantasma para escudriñar vuestros pensamientos, para escuchar vuestras palabras, para observar vuestras acciones, que siempre vuestros pensamientos encubren la vileza, vuestras palabras la perfidia y vuestras acciones la deshonra.

JORGE. Bravísimo. Reconozco en vos cualidades de primer órden para la oratória. En cambio cumple á mi deber manifestaros que desde el dia en que me desafiasteis á una lucha sin cuartel, habeis olvidado los deberes de esposa abandonando el hogar doméstico para dejarlo entregado al pillage de nuestros criados; y habeis quebrantado los deberes de madre, descuidando á una inocente criatura, que al tender sus brazos para implorar una caricia maternal, recibe en su lugar las de una mercenaria.

ELEN. ¡Con cuánta maestría haceis vibrar los senti–

mientos del corazon!.. Pero al atacar tan duramente mi conducta, habeis padecido un olvido que esplica y justifica lo que vos vituperais. Debeis añadir que se ha robado el objeto mas precioso de nuestra casa, y que para rescatarlo he faltado forzosamente á alguna de mis mas queridas obligaciones: ese objeto es nuestro honor que he jurado conservar aun á costa de mi vida.

JORGE. Estais loca; ¿quién atenta á vuestra vida?

ELEN. Mil veces preferiria perderla, antes que la gloria de nuestro nombre; porque yo renaceré en nuestro hijo, mientras que la mancha inferida á un nombre es indeleble y lo sepulta para siempre en el desprecio.

JORGE. Señora, esta conversacion será la última que tengamos y por esta causa me contengo. Una sola pregunta acerca de mis opiniones. ¿Porqué pretendeis que jure obediencia á un príncipe que solo ha llevado al país la tea de la discordia, y que hubiese renovado las tradiciones fastuosas de una Corte depravada si la suerte de las armas le hubiera sido favorable?

ELEN. Ese príncipe es desgraciado; no es esto una razon para que le ameis, lo comprendo; ¿pero debiais venderle fingiendo abrazar su partido?

JORGE. Cuando tenia en mis manos los medios de salvarle, vos rehusasteis dar crédito á mis palabras. Ved ahí el origen de mi cólera y de mi venganza.

ELEN. Aun podeis rehabilitar vuestra conducta á fuerza de arrepentimiento.

JORGE. Es tarde ya: pronto tendrá lugar el desenlace. Carlos Estuardo está próximo al puerto de salvacion, pero poseo su secreto: una palabra mia, y aun cuando estuviera embarcado, dos buques se lanzarian en persecucion del fugitivo y lograrian su captura. Ah!.. vos me habeis retado á una lucha sin tregua, habeis tratado de humillarme con vuestros insultos

y vuestros desprecios... pues bien, al vengarme del príncipe, me vengo tambien de vos.

LEN. (Con vehemencia.) Por piedad, Jorge, respetad la desgracia de Carlos Estuardo y haced caer sobre mi cabeza todo el furor de vuestra venganza. Os entrego mi vida; herídme... estoy pronta á morir; pero no consumeis el mas odioso de los crímenes. (Postrándose á sus piés.) Mirad, Jorge, os lo pido de rodillas por el amor de vuestra esposa, por nuestro hijo, por vos mismo.... Pensad que llegará un dia en que todas las miradas se apartarán de vos con horror; pensad que no podreis soportar el fulgor de los rayos del sol, que nunca encontrareis bastante sombra para ocultar vuestra vergüenza. Si no os contiene el desprecio de los hombres, pensad tambien en la justicia divina; ved que es inflexible, y que tarde ó temprano no deja de hacerse sentir sobre la frente del culpable. Acordaos de los primeros años de nuestra union: entonces erais bueno y cariñoso para mí; en cambio jamas tuvisteis que echarme en cara palabras de queja ó de reprobacion, pues solo abria mis lábios para colmaros de amor. Era para vos no solo una esposa, sino una tierna amante, una bondadosa hermana... ¡Y ahora os importuno, me rechazais, me aborreceis con toda vuestra alma!

RGE. (Conmovido y levantándola.) Oh! calla, Elena...

LEN. Si me amais aun, si todavia no se han estinguido en vuestro pecho los antiguos sentimientos, si he despertado con mis súplicas una fibra de vuestro corazon, escuchadme, esposo mio, escuchadme, nada se ha perdido; echaremos un velo sobre el pasado, borraré su imágen de mi memoria; pero no prosigais vuestros designios. En vano Cromwell furioso podrá amenazaros con descubrir las relaciones que á él os han ligado; las preocupaciones de la política le distraerán pronto de este

asunto. Abandonaremos este país, iremos á pedir la calma y el bienestar á un cielo lejano... y yo, Jorge, postrada á vuestras plantas, os pediré cada dia me perdoneis las ofensas que os he inferido impulsada por el honor.

CROM. (Dentro.) Advertid á mi hija de mi llegada. (Morris atraviesa la escena y entra en la granja.)

JORGE. Es preciso que sin pérdida de momento marcheis al lado de miss Fanny. El ascendiente que ejerce sobre el espíritu de su padre es poderoso, y debeis recomendarle que prolongue cuanto le sea posible su conversacion con él. De ello depende la suerte del rey...

ESCENA VI.

Dichos, CROMWELL, *seguido de algunos oficiales.*

CROM. (Finjiendo sorpresa.) ¿Á que feliz casualidad debo el encuentro del realista lord Chelburne tan cerca de mi granja?

JORGE. Un viage me ha traido á sus alrededores; por cierto que no esperaba tener la dicha de saludar al general del Parlamento. (Cromwell dará algunas órdenes á sus oficiales y desaparecerán en diferentes direcciones.)

ELEN. (Aprovechando la distraccion de Cromwell.) ¡Ah!... si me engañaseis de nuevo...

JORGE. Tranquilizaos y tened confianza en vuestro esposo. (Elena entrará en la granja.)

CROM. Habeis sido puntual á la cita. Siguiendo al pié de la letra vuestras instrucciones, acabo de tomar las mas rigurosas medidas. Numerosas tropas ocupan en este momento los puntos que me habeis indicado como mas favorables para la fuga de Carlos Estuardo, y los centinelas detienen é interrogan á todos los viageros; á menos de un milagro no podrá esta vez escaparse de mis manos. ¿Teneis que hacerme otras revelaciones?

JORGE. Si; dentro de una hora Carlos Estuardo se embarcará en... Selsey-Bill.

CROM. ¡Que decís!... ¿En Selsey-Bill?... ¿Tan pronto?

JORGE. Tranquilizaos: vuestro confidente no ha perdido el tiempo para estorbar ese proyecto de evasion. Los marineros que deben secundarlo vacilan ya, gracias á mis insinuaciones. Dad las órdenes oportunas, y hoy quedarán frustrados para siempre los planes de vuestros enemigos.

CROM. Está bien. Con este servicio, os habeis granjeado toda mi confianza; en adelante vereis cual será mi conducta respecto á vos. (Jorge saluda y váse por la derecha. Cromwell aplicará un silbato á sus lábios y á su sonido acudirán varios oficiales, á quienes dará algunas órdenes y en seguida marcharán en diferentes direcciones. Luego Cromwell se dirigirá á la granja, encontrando en el umbral de la puerta á Fanny, que habrá escuchado parte de la conversacion anterior.)

ESCENA VII.

FANNY, CROMWELL, *luego* ELENA Y MORRIS.

CROM. (Corriendo al encuentro de Fanny y sosteniéndola.) ¡Hija mia!

FAN. ¡Oh! padre mio, me infundís espanto. ¡Otra víctima!.. ¿No ha corrido aun bastante sangre por espacio de diez años?... Dejad en reposo vuestro acero... perdonad al fin, y os captareis de este modo la estimacion de vuestro pueblo.

CROM. (Severamente.) He venido á visitarte para conocer el estado de tu salud, y no para recibir los consejos de tu inexperiencia.

FAN. (Con dulce y abatido acento.) No os enojeis, pronto dejaré de importunaros... ¡Ah! ¿no adivinais en mi trémula voz, en mi semblante marchito y demacrado, que voy á abandonar este mundo?... Pensad que en estos instantes se descubre ante mis ojos el velo del porvenir... que leo en la eternidad... ¡Ah! padre mio... ¡Habeis venido en busca de una víctima, y en el umbral de vuestra casa, encontrais á vuestra hija moribunda!

CROM. ¡Oh! calla, Fanny querida; ¿no vés que tus palabras me causan pena?... Dios no puede arrebatarme mi única dicha, el único consuelo de

mi vejez. Cálmate: pronto estaré de vuelta, y ya no me separaré jamás de tu lado.

FAN. (Con espanto.) (¡Gran Dios!.. ¡La vida de Arturo está en peligro!) ¿Qué intentais hacer?...

CROM. Graves intereses de Estado exigen mi presencia en otro sitio. Dentro de una hora el traidor Estuardo habrá caido en mi poder.

FAN. ¿Y sabeis si al cabo de este plazo existirá vuestra hija?... Las guerras civiles que han asolado el país, han sembrado en mi seno el gérmen de la muerte. ¡Ah! ¡he sufrido tanto oyendo los gritos de ódio y el estrépito de las armas!... Para obedecer á las querellas de los partidos, he debido ahogar en mi pecho los mas caros sentimientos, sepultar un amor que aun corroe mi corazon... ¡Ay de mi! tantos sacrificios han aniquilado mis débiles fuerzas... mi alma ha sucumbido en tan cruenta lucha... ¡y volará pronto al cielo para gozar la dicha de que se ha visto privada en la tierra!

CROM. (Profundamente conmovido.) ¡Fanny! ¡hija de mi alma!.. ¡Oh! yo no quiero que mueras... mis fuerzas no podrian soportar tan cruel desgracia. Mira... brotan lágrimas de mis ojos... ¡Crómwell llora por primera vez en su vida! Fanny, hija de mi corazon, calma la angustia que me devora, dime que vivirás... Te coronaré de perlas y de diamantes, habitarás el mas suntuoso palacio, serás la dama mas rica y envidiada de Londres... no concebirás un solo deseo que no me apresure á satisfacer. Colmada siempre de goces, tus satisfacciones y alegrias serán el galardon de todos mis afanes... pero, no palidezcas de este modo, sonrie á tu buen padre que tanto te adora.

ELEN. (Saliendo de la granja.) (¡Pobre ángel!)

FAN. (Con voz trémula y apagada.) ¡Padre mio!... dadme un abrazo... consolad á mi madre... á mis hermanas...

CROM. (Desesperado.) Oh!... ¡Mal haya mi ambicion!...

(Gritando.) ¡Favor!.. ¡Betzy! Ah! ¿nadie me escucha?.. ¡Todo mi poder, todas mis riquezas al que salve á mi hija! (Elena y Betzy rodearán á Fanny.)

MOR. (Apareciendo en lo alto de las rocas.) ¡Traicion!... ¡traicion!.. Cárlos Estuardo se ha embarcado: no hay que perder un solo instante para alcanzarle. General, esperamos vuestras órdenes.

CROM. Si, sí... aguardad.

ELEN. (Bajo, á Fanny.) Salvad á Arturo.

FAN. (Con voz apenas inteligible.) ¡Padre!.. ¡padre mio!.. perdonad... á... los... proscritos. (Muere. Betzy se arrodilla á su lado.)

ESCENA VIII.

Dichos, SIR JORGE, *soldados al foro.*

JORGE. (Dirigiéndose á Cromwell.) Inútiles serian tus esfuerzos para detener la fuga del rey.

CROM. ¡Infame!

JORGE. Si; te he engañado, acabo de presenciar el embarque del rey. Estaba escrito que no debian perecer todos los Estuardos en el cadalso de White-hall. Se ha concluido la tregua de los ocho dias que me concediste; Arturo no volverá; aquí me tienes en su lugar. Me cansa la vida... y no temo ya tu venganza.

CROM. (Oh! el infierno se conjura en contra mia.) Habeis salido fiador de lord Arturo, y quien cauciona, paga. Ya conoceis la suerte que os espera; la ley os condena.

ELEN. (Abrazando á su esposo.) Ah!..

CROM. (Á los soldados.) Prendedle, y que sufra la pena que se impone á los traidores.

ELEN. (Horrorizada.) ¡El patíbulo!...

JORGE. No, Elena, el martirio... Oculta siempre á nuestro hijo la historia de mi pasado, procura inculcar en su mente los sagrados deberes del hombre y enséñale á execrar el vicio infame que me ha perdido. Tended un velo sobre mi vergonzosa vida y recordad tan solo mi muerte he-

róica. (Á Cromwell.) Adios, Cromwell, largo tiempo he creido en tu genio y en tu grandeza... al fin ha caido la venda de mis ojos. Has abusado de los ambiciosos y de los fanáticos por torpes y groseros medios, fingiendo una falsa piedad y con el solo afan del pillage. Goza de un poder usurpado; consérvalo por medio del terror, hasta el momento en que la Providencia te lo arranque de las manos. Pronto verás derrumbarse tu poder y tu fortuna... pero que digo... (Señalando el cadáver de Fanny.) el cielo te ha mostrado ya sus iras, separándote del tesoro que mas apreciabas en este mundo.

CROM. (Corriendo hácia su hija y mirándola con espanto.) ¡Muerta!... (Postrándose, y arrojando un grito de dolor.) ¡Hija!... ¡Hija de mi corazon!...

(Los soldados separan á sir Jorge de Elena. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON JOSÉ LUIS CLOT.

REALISTAS Y PURITANOS, drama en 4 actos 8 rs.

EL CORAZON DE UNA MADRE, id. en 4 id. 8 «

LOS TRUHANES DE LEVITA, id. en 5 id. 8 «

¡POR UN PAÑUELO! zarzuela en un acto 4. «

